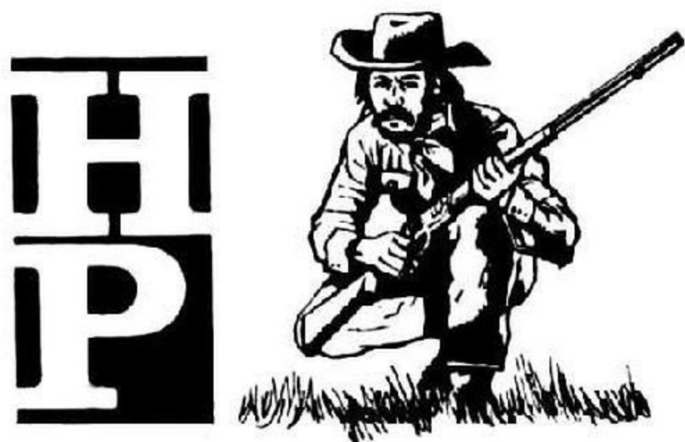



# KEITH LUGER





# NIDO DE RATAS




# HEROES DE LA PRADERA





# Keith Luger

# NIDO DE RATAS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 496
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 18209-1979

Impreso en España - Printed in Spain

3ª edición, julio, 1979



Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

# ADVERTENCIA PRELIMINAR

La presente novela ha sido inspirada por una sentencia del juez de Kansas City, Albert Patterson, dictada el 7 de mayo de 1887, y comentada por el fiscal Samuel Robertson en el Boletín Legal de Wichita.

KEITH LUGER

# Capítulo primero

Las puertas del Odesa *Saloon* se abrieron, y un tropel de gente salió a la calle. En el centro del grupo, un hombre maniatado era objeto de la ira de los que le rodeaban. Ten dría unos treinta años y era moreno, de ojos azules y tez curtida.

—¡El muy tramposo! —gritaba un individuo de ojos saltones.

—¡Yo le he visto sacar el as de la bota! —exclamaba otro.

—¡Lo colgaremos y así aprenderá! —declaraba un tercer ciudadano con evidente falta de lógica.

El interesado, a pesar de que su situación no era muy halagüeña, se mantenía erguido, mirando irónicamente a sus jueces y verdugos. Se detuvo y todos quedaron igualmente inmóviles.

—Amigos —dijo con voz campanuda—, me hago cargo de vuestra actitud, pero ¿no podríais aplazar el festejo hasta mañana? Tengo una cita con una dama y me pondría verde si no acudiera…

—¡Fuera! —vociferaron varios ciudadanos al unísono.

—¡Hoy estás citado con el demonio y él es más importante que nadie! —bramó el gracioso del pueblo, arrancando risas de sus camaradas.

La asamblea resolvió así la apelación del prisionero y continuó su camino hacia la encina que, situada a la entrada de la población, era tradicionalmente utilizada para colgar a los condenados a la última pena.

En pocos minutos quedó preparada la escenificación del acto. El ajusticiado fue colocado sobre un carro, bajo la en ciña, y el de los ojos saltones le pasó el lazo de cáñamo por la cabeza con la misma delicadeza y ternura con que embozaba en la cama a sus hijos todas las noches.

—¡Listo! —dijo el padrazo saltando del carro.

—¡Esperad, muchachos! —intervino el sabelotodo del lugar, un sujeto pequeñajo con vientre de sapo y cabello de estopa—. A los condenados se les pregunta siempre por su última voluntad. Odesa debe respetar esta costumbre si no queréis que se nos tache de incivilizados en el resto del territorio.

La multitud aprobó con un runruneo las sobrias palabras del Séneca.

—De acuerdo —dijo un tipo de voz agria, hinchado el pecho y atusándose los grandes bigotes—. ¿Qué quieres que hagamos por ti, forastero?

El aludido arrugó la nariz, paseando su mirada por el rebaño que se agolpaba abajo.

—Os doy las gracias por vuestra amabilidad —contestó—. Mi único deseo es que, en cuanto yo termine de danzar colgado de esta cuerda, se abra la tierra bajo vuestros pies y os trague con sombrero y todo.

El público rugió, y no de entusiasmo. El de los bigotazos levantó el brazo para dar la señal de soltar los caballos que tiraban del coche, pero antes de que lo pudieran abatir sonó un disparo y todas las cabezas giraron hacia atrás, punto desde el que el espectáculo, había sido interrumpido de manera tan inopinada.

Un hombre de unos treinta y cinco años, rubio, de ojos verdes, montando un potro color canela, exhibía un revólver en cada mano, lo cual le otorgaba un considerable poder de persuasión.

—¿Pueden decirme qué es lo que ha hecho en este pueblo Dick Moore? —preguntó respetuosamente.

El maestro de ceremonias dejó de tocarse la abundante pilosidad del labio superior y contestó:

—No sabíamos el nombre de ese tramposo ni nos importaba. Lo cogieron haciendo trampas en una partida de póquer y ha sido juzgado legalmente. Es una ley de nuestro municipio…

—Sí, señor —ratificó el sapo—. Ley número 54 de las votadas por el concejo de Odesa.

—¡Magnifico! —asintió el jinete—. Pero en ese caso, siento estropearles el juego, porque me lo tengo que llevar…

—¡No puede hacer eso! —protestó el de los ojos saltones—. ¡Es nuestro!

—Contra su ley número

he de alegar la número 36 del Concejo Municipal de Kalakatamochis…

—¿Kalaqué? —inquirió con el ceño fruncido el Séneca—. ¿Ése es el nombre de algún pueblo?

—Dio en la diana, amigo —declaró su interlocutor—. Y pertenece al estado de Alabama.

—¿Quiere sugerir que este señor Moore está requerido por… Kalakaeso?

—Kalakatamochis, compadre. No se le olvide. Es mi pueblo natal y no consiento burlas sobre él.

El otro dio un bufido, asustado por las palabras del recién llegado.

—¿Qué es lo que hizo allá? —quiso saber el hombre delgado.

—¿Es posible que no hayan oído hablar del horrible crimen de Dick Moore? ¡Mató a los cuatro hermanos Pocaterra…!

Los asombrados rostros de los espectadores indicaron a las claras que era la primera vez que oían tal noticia.

—Hace seis meses que voy detrás de él. Pero nunca desesperé de encontrarlo. Ahora le daremos su merecido. Cuatro asesinatos nos conceden un derecho de prioridad sobre su vida.

—Desde luego la razón está de su parte —declaró el bigotudo—. ¿Qué estás esperando, Jeremías? Entrégaselo al señor. Por cierto, que todavía no nos ha dicho cuál es su nombre…

—Fredd Goulding.

Jeremías quitó el collar de cáñamo que aprisionaba el cuello del prisionero y cortó las cuerdas que lo maniataban.

—Hubiese preferido morir ahora —dijo, acercándose a Goulding.

—Déjate de palabrería. ¿Dónde tienes el caballo?

—A la puerta del saloon.

Goulding le hizo señal para que echase a andar, precediéndole, y el gentío se marchó detrás de ellos. El sentenciado, que había sido desarmado minutos antes, llegó ante su caballo, montó en la silla y despidióse de los vecinos de Odesa:

—Hasta la vista, amigos. Siento de veras que mis huesos no reposen en vuestro cochino suelo.

—¡Ya te darán tu parte en Kalaka… tamochis, bandido! —chilló uno de los energúmenos.

Los dos jinetes se alejaron de allí, emprendiendo un galope corto. Cuando estuvieron lejos del pueblo, dejaron ir las monturas al paso, y el que acababa de escapar de la muerte exclamó:

—¡Demonios…! Creí que no lo contaría.

—Está sin duda, en su día de suerte.

—Fue usted muy oportuno. Mi nombre es Ronald Kendall. ¿El suyo es realmente Fredd Goulding?

—Sí, y tengo mucho gusto en conocerle —dijo Fredd, alargándole la mano.

Ronald se la estrechó con cordialidad, explicando:

—No crea lo que dijeron esos labriegos. Es cierto que me cogieron cuando intentaba hacer un póquer de ases con ayuda de un naipe camuflado, pero el caso es que ellos habían empezado antes a hacer trampas. ¡Me limpiaron veinte dólares de los veintidós que tenía cuando se me ocurrió detener me en su condenado pueblo!

Fredd lanzó un gruñido.

—¿Qué le pasa, Goulding? —preguntó el ex condenado.

—Me encuentro sin blanca, compañero. Si lo salvé fue porque pensaba cobrarle unos dólares por el favor.

—Pues ha hecho usted un buen negocio. Lo único que puedo darle son los dos que me quedan.

—Guárdeselos. Esto me enseñará a ser otra vez más precavido.

—¿Se dedica a ir por esos mundos liberando ajusticiados?

—Hago de todo un poco. La vida es hoy bastante dura. Hay que aceptar lo que sale.

Durante un rato cabalgaron en silencio. Ronald miraba a hurtadillas a su salvador. Conforme hablaba con él, se daba cuenta de que era un hombre poco común. Había procedido en Odesa rápido y eficazmente. Sin un titubeo. Su voz, sus maneras, habían hechizado a no menos de treinta hombres armados. Había en verdad algo mágico en su manera de esgrimir el revólver y, sobre todo, en el brillo de sus ojos ver des. Quiso saber más de él y preguntóle:

—¿Hacia dónde se dirige, Goulding?

—Cualquier sitio es bueno. Eso no me preocupa.

—Si seguimos este camino, mañana estaremos en Kansas City.

—Quizá yo cambie de dirección. Depende de lo que mi caballo

prefiera.

Ronald miró a su compañero. Realmente era un tipo original.

—Escuche, Goulding —le dijo—, creo que nuestra respectiva situación es similar. Ninguno de los dos tenemos plata. ¿No sería práctico que nos uniésemos, al menos hasta que nuestra fortuna mejore? La gente dice que la unión hace la fuerza.

—Nunca me he fiado de lo que dice la gente, ni las sociedades me han sido simpáticas —observó a Ronald, añadiendo—: Pero esta vez haré una excepción.

—¡Gracias, Goulding! No te arrepentirás. Esto me dará oportunidad de saldar la deuda que he contraído contigo. ¿Qué te parece entonces si nos dirigimos a Kansas City? Tengo noticias de que allí corre el dinero en abundancia, y apuesto a que también debe haber buenas mujeres. Hay que alternar los negocios, ya sabes.

—Sí, pero por lo malo es que no sabemos qué negocio va a ser el nuestro.

Al atardecer del día siguiente llegaron a la gran ciudad. La calle principal era un hervidero de gente, coches y caballos. Mujeres elegantes transitaban por las aceras seguidas por las miradas de varones sucios y desaliñados.

Goulding y Kendall se detuvieron ante la puerta del pomposamente llamado Paraíso de los Mortales, el hotel de mejor fachada. En el mostrador del vestíbulo encontraron a un hombre de cabello lacio y cara mofletuda.

—Queremos una habitación con dos camas —pidió Fredd.

El encargado los observó detenidamente. No debió sacar buena impresión del polvo que manchaba sus trajes.

—Sólo tenemos una habitación, orientada hacia el Norte…

—Es mi posición favorita —contestó Goulding—. Nos la quedaremos.

—Muy bien; como ustedes son dos, pagarán tres dólares diarios cada uno.

—Es un precio muy razonable. Díganos qué número es. Necesitamos descansar.

El otro carraspeó, diciendo a continuación:

—Naturalmente ustedes abonarán por adelantado el importe del alquiler por un día…

Fredd giró la cabeza atrás lentamente. Por la escalera que

conducía al piso superior no cesaban de desfilar, bajando o subiendo, damas que se cubrían con vestidos de colores chillones y que mostraban unos rostros excesivamente pintarrajeados. Se mantuvo tan largo rato en aquella actitud, al pro pió tiempo contemplativa y serena, que el encargado preguntó con voz preocupada:

—¿Le ocurre algo?

Fredd volvió de nuevo la mirada a su interrogador, dejó correr otro minuto y murmuró:

—Al señor Adams no le gustaría saber lo que pasa aquí.

—¿El señor Adams…? ¡Oh…! Le aseguro que todo marcha bien. Ésta es una casa respetable.

—Sin embargo… —no terminó la frase, pero el silencio fue harto elocuente.

El encargado tosió, esbozó una sonrisa y movió nerviosa mente las manos sobre el mostrador.

—Son amigos del señor Adams…, ¿eh? —dijo, y como ninguno de los presuntos clientes pestañease, prosiguió—: Será un placer para mí tenerlos como huéspedes de honor en el hotel…

—Su oferta es aceptada —declaró Goulding.

—Y respecto al señor Adams, les ruego…

—Descuide. Déme la llave de la habitación.

Los dos amigos salieron a la calle para conducir los caballos al establo. Ronald estaba perplejo.

—¡Que me maten…! ¿Es que has hipnotizado a ese hombre, Fredd? ¡Jamás he visto nada parecido! Faltó poco para que nos diese encima dinero.

—Lo hubiese conseguido de habérmelo propuesto, pero ya es bastante con la habitación…

—¿Quién es ese endiablado señor Adams? Tembló al oír su nombre.

—El gobernador del estado. Ha iniciado hace poco una campaña contra las malas costumbres y ha nombrado unos cuantos agentes para que vayan descubriendo los lugares en que hay que meter mano. Imponen multas de bastante consideración.

—¡Y te has hecho pasar por uno de ellos!

—Querido Ronald, me he limitado a decir que «aquello» no le gustaría al señor Adams. Una simple advertencia amistosa, y nada

más. Yo no tengo la culpa de que la mente pecaminosa de ese hombre contundiese mis palabras.

Kendall mantuvo fijas las pupilas en el rostro de su amigo unos instantes, y luego encanutó los labios, lanzando un silbido.

# CAPÍTULO II

Fredd y Ronald se hallaban al día siguiente acodados en el mostrador del *Cross* Saloon. Eran las diez de la mañana. Se habían hecho servir dos vasos de *whisky*, con lo que sus disponibilidades monetarias se habían reducido a un solo dólar. Ambos daban vueltas al magín, en silencio, tratando de hallar una fuente de ingresos que viniese a mejorar su bolsa.

De pronto, el cliente que estaba junto a Fredd dio un respingo, exclamando:

—¡Que me emplumen si esto no es bueno…!

Fredd levantó la mirada, diciendo:

—¿Murió su abuelita dejándole el rancho de sus sueños?

—No, compadre —respondió el otro—. Mejor que eso. ¿Ve usted este diario? Pues él traerá el dinero.

Goulding echó una ojeada al periódico que su interlocutor mostraba en una mano.

—Hubiese apostado que no sabía leer —dijo Fredd, observando el rostro de facciones duras que tenía ahora frente a sí.

—Le rompería la crisma si no tuviese prisa, palabra de Joe Smith —murmuró el lector, haciendo una mueca.

—Un puñetazo se coloca rápidamente. ¿Por qué no se da el gustazo?

—Bueno —convino Joe Smith—. Usted lo ha querido, entrometido.

Se echó hacia atrás y disparó su puño derecho. El destino de éste no era otro que las narices de Fredd, quien se arqueó como un gato, dejando pasar el brazo de Joe por su hombro. La mano agresora perdió altura y chocó estruendosamente contra el mostrador, arrancando un aullido de dolor a Joe, el cual empezó a pegar saltos

como un canguro. Fredd se agachó, recogiendo el diario que su contrincante había soltado. Era El Clarín de Kansas, y estaba doblado por la sección de anuncios clasificados, uno de los cuales aparecía enmarcado por un rectángulo dibujado a lápiz. Fredd leyó:

> «Se necesita caballero no mayor de treinta y cinco años para trabajo corto y bien remunerado. Dirigirse sólo hoy al hotel Unión, habitación 35. Preguntar por el señor Lane».

—Paga y vámonos, Ronald —dijo, apartándose del mostrador.

—¿Qué pasa? ¿Ha estallado la guerra?

Goulding arrojó el diario a Joe Smith, que seguía lamentándose sentado en una silla, mientras su mano derecha adquiría por un momento dimensiones gigantescas. Ronald se unió a su amigo, ya en la calle.

—¿Qué es lo que te ha ocurrido, Fredd? —preguntóle.

—Habló de que el diario le proporcionaría dinero. No podíamos perder la oportunidad. En el hotel hay alguien a quien le sobra. Necesita un tipo para cierto trabajo.

Entraron en el vestíbulo del hotel en cuestión, y Fredd dijo:

—Es posible que haya competidores.

—Descuida —repuso Ronald—. Yo me quedaré por aquí un rato.

Goulding ascendió la escalera y llamó a la puerta marcada con el número 35, abriéndole un cincuentón de rostro simpático.

—¿Es usted el señor Lañe? —preguntó Fredd.

—Pase si viene por lo del anuncio —asintió el otro.

Fredd entró en una habitación donde había seis jóvenes cuya edad oscilaba entre los veinte y los treinta y cinco años.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Lane, y cuando Fredd se lo dijo, añadió—: Tendrá que esperar su turno. De un momento a otro comenzaremos el examen de los candidatos.

—¿Puede adelantarme algo de lo que se trata? Si no me interesa, me marcharía.

—Tendrá que esperar, señor Goulding. El objeto del negocio sólo será comunicado al hombre que resulte elegido.

Al cabo de un rato, Lañe desapareció por una puerta interior.

Fredd examinó a sus rivales. Cada uno de éstos miraba a los otros. Era un torneo de mirada. De repente se abrió la puerta que comunicaba con el pasillo, y en el hueco apareció Ronald Kendall con el rostro demudado.

—¡Fuego! —exclamó—. ¡Se ha prendido fuego al hotel…! ¡Tienen el tiempo justo para desalojarlo…!

Seis hombres se lanzaron vertiginosamente sobre Ronald, quien se apartó para no ser arrastrado. Cuando los pasos se perdieron escaleras abajo preguntó, guiñando un ojo:

—¿Te gustó, Fredd?

El aludido sonrió, contestando:

—Creo que la sociedad empieza a dar sus frutos. Pero lárgate ahora mismo.

Ronald obedeció, cerrando la puerta tras de si en el momento en que reaparecía Lañe.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió al ver que en la habitación sólo estaba Goulding.

—Alguien dijo que en el *Cross* Saloon hay un sujeto que invita a todo el mundo a una copa, y se marcharon como si el suelo quemase.

—Pues le han dejado el campo libre. ¿Quiere pasar, señor Goulding?

Fredd penetró en una habitación que contenía dos sillones, una mesa, tres sillas y una mujer. Ésta destacaba entre el conjunto con luz propia. Era esbelta, curvilínea, de amplias caderas, largas piernas y busto primoroso. Su rostro, de ojos negros brillantes, era un dechado de perfección.

—La señorita Debbie Roope —la presentó Lañe—. El es Fredd Goulding.

La hembra, que no tendría cumplidos aún los veinte años, examinó detenidamente a Fredd y finalmente dijo:

—¿Quiere sentarse, señor Goulding?

Todos tomaron asiento y entonces habló de nuevo Debbie:

—¿A qué se dedica?

—A nada especialmente —contestó Fredd—. Siempre es, pero ocasiones como ésta para embolsarme unos cuantos dólares.

—Es haragán de profesión.

Goulding clavó sus pupilas en las de la bella y se encogió de

hombros, dando a entender que le tenía sin cuidado la opinión que le mereciese.

—¿Está casado?

—No.

—¿Tiene familia en la ciudad?

—Tampoco.

—Bien. En ese caso puedo decirle lo que se requiere de usted.

—Soy todo oídos.

—Que se case conmigo, señor Goulding.

La habitación quedó sumida en un profundo silencio durante largo rato.

—¿Quiere repetirme eso, señorita Roope? —dijo Fredd, frunciendo el ceño.

—Le estoy pidiendo en matrimonio, señor Goulding.

Tras otra pausa, el joven dijo:

—No sé si debo tomarlo a broma o pensar que desvaría, señorita Roope. Nunca creí que yo fuese tan fascinador.

La muchacha enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Es usted un estúpido presuntuoso, Goulding —replicó con el pecho agitado de indignación—. En mi vida lo he visto a usted antes de ahora.

—Eso es peor aún. Ahora comprendo. Su novio se pasó de listo y ahora quiere que yo…

Debbie se incorporó de un salto, acercóse a Fredd y le abofeteó la cara.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —exclamó, iracunda.

Fredd se puso en pie y dirigióse hacia la puerta sin pronunciar una palabra. La voz de Lañe lo detuvo.

—¡Espere, Goulding!

—¿Qué te ocurre, Horace? —dijo Debbie—. ¿Es que no lo has oído?

—Es el único candidato que nos queda y ya hemos perdido demasiado tiempo. Confieso que está muy mal educado, pero para el caso no nos importa. Terminemos cuanto antes, Debbie. Recuerda que debemos regresar mañana si quieres evitar lo peor.

La joven pareció sopesar por unos instantes las consideraciones de Lañe.

—Está bien —concluyó—. ¡Pero me niego a hablar con él…!

—Déjalo en mis manos —aceptó. Lane.

Debbie dio media vuelta y desapareció por otra puerta interior.

—No le ha caído usted en gracia, Goulding —dijo Lañe a Fredd cuando quedaron solos.

—Quizá no, pero ella tampoco a mí. Es una de esas niñas que desean únicamente hacer su voluntad.

—Es preferible que corramos un tupido velo sobre esta escena. Usted ha ido muy de prisa en su imaginación.

—No todos los días me propone una mujer el matrimonio. Hasta ahora creí que eso era asunto de hombres.

—Se trata de un matrimonio de conveniencia. El trato es que usted y Debbie se casen, e inmediatamente cada uno tira por su lado. Usted no tiene que preocuparse por lo demás. Dentro de un par de meses conseguiremos el divorcio y ambos serán libres. ¿Me explico bien?

—Habrán de buscarse a otro payaso… —dijo Fredd, encaminándose nuevamente hacia la salida.

—Se ganará con ello doscientos dólares —dijo suavemente Lane.

Goulding se quedó inmóvil, con la mano en el picaporte. Al cabo de unos minutos giró sobre sus talones, preguntando:

—¿Cuándo es la ceremonia?

—Dentro de una hora en el despacho del juez Harris. Está aquí al lado.

—¿Y el pago del precio?

Lane sacó del bolsillo del pantalón un fajo de billetes, separó algunos y los tendió diciendo:

—Aquí tiene cien. La otra mitad se la entregaré cuando se hayan casado.

Fredd cogió el dinero y abandonó la habitación.

En el vestíbulo encontró a Ronald con un ojo amoratado y la camisa hecha pedazos.

—¿Qué demonios te ha pasado? —le preguntó, perplejo.

—Fueron esos tipos —exclamó Ronald—. No pensé que tomasen tan en serio lo del incendio.

—Bueno; tienes unas ocurrencias estupendas. Pelearte el día de mi boda…

—¿Eh? —exclamó Kendall, dando un respingo.

—Vámonos. He de ponerme un poco decente para el acto.

Ronald siguió a Fredd renqueante, sin salir todavía de su asombro.

## CAPÍTULO III

El juez Harris era un hombrecillo de cabeza monda, ojos de búho y barbilla puntiaguda. Sobre su nariz respingona cabalgaban unas gafas de fuerte graduación. Frente a sí tenía a Debbie Rooper, Fredd Goulding y Horace Lane.

—De modo que ustedes son los contrayentes —dijo cogiendo por la mano a Debbie y a Lane.

—No, señor —contestó éste—. El novio es mi amigo Goulding… Lo tiene usted a su derecha.

Harris levantó la mirada y buscó la imagen del que le indicaban, mientras tanteaba con el brazo.

—¡Magnifico! —declaró al dar al fin con Fredd—. Me alegra tenerlos en mi casa. —Luego se dirigió a la pared, donde no había nadie, añadiendo—: Y usted es el otro testigo.

Debbie, Fredd y Horace mostraron su asombro. Aquel juez veía menos que un topo. Lañe carraspeó, objetando:

—Nos falta ese testigo.

Harris arrugó la cara, volviéndose y murmurando:

—Estos ojos… El día menos pensado tendré que comprarme otras gafas. Pero no se preocupen. Avisaré a mi jardinero.

Se movió, con ánimo de ir a la puerta, pero sus pasos se enfrentaron con otra pared, y Fredd tuvo que conducirle de la mano hasta aquélla. Abriola, y Harris llamó:

—¡Douglas! ¿Estás ahí?

El tal Douglas se encontraba a la sazón a menos de cinco yardas del juez, por lo que Goulding coligió que padecía una miopía de caballo. El jardinero se acercó, aceptando la invitación de participar como testigo en la ceremonia a celebrar.

Una vez todos reunidos, Harris dijo tras un fuerte carraspeo:

—Amigos…, acérquense los contrayentes, por favor. —Debbie y Fredd se quedaron quietos, porque ya se habían acercado—. Espero se den cuenta del paso tan trascendental que van a dar.

—Sí, sí, desde luego —dijo Lane, que empezaba a ponerse nervioso—. Los muchachos se quieren desde pequeños.

—¡Qué gran cosa es el amor! —comentó el juez con un suspiro —. Eso es lo que importa. Me aterra pensar a veces lo que es un matrimonio sin cariño.

—Oiga, juez —habló otra vez Lane—. Los chicos tienen un poco de prisa.

—Entonces será mejor que empecemos cuanto antes —asintió el miope.

Pero entonces surgió otro inconveniente. No encontraba el libro que contenía Tas fórmulas. Transcurrieron varios minutos antes de que el jardinero lograse encontrarlo entre un montón de papeles que había sobre la mesa. Harris se hizo repetir el nombre de los novios y, después de leerles la parrafada sobre sus derechos y obligaciones futuras, hizo las preguntas de ritual, contestando afirmativamente los contrayentes.

Apenas hubo terminado la ceremonia, se oyeron varios estampidos, y unos cuantos proyectiles picotearon la madera de las paredes, tras de haber entrado por la ventana abierta.

Todos se lanzaron al suelo, menos el juez, que continuó en pie diciendo:

—¡Qué amigos más amables tienen ustedes! Aún no han salido a la calle y ya les saludan con fuegos artificiales.

Una serie de nuevos disparos acogió las palabras de la autoridad. Un proyectil pasó tres hojas del libro que tenía entre las manos. Fredd se levantó, cogió al juez de un brazo y lo arrojó al suelo de un gran empujón.

—¿Es que no ha aprendido a distinguir todavía un cohete de una bala, señor juez? —le preguntó.

—¡Eh…! ¿Qué dice? —balbuceó Harris.

Los ojos de Fredd se encontraron con los de Lane.

—¿Formaba esto parte del programa? —preguntóle.

—No lo teníamos previsto.

—Entonces tendrá que abonarme una prima extra por el riesgo.

Debbie, que se hallaba al lado de Fredd, lanzó una interjección,

exclamando:

—¿Es eso sólo lo que se le ocurre, señor Goulding?

—¿Qué quiere? No voy a salir a la calle para morir por una causa que ignoro. Ustedes no me dijeron nada al respecto.

La muchacha se mordió los labios, percatándose de la lógica indestructible del hombre que se había convertido en su esposo ante la ley.

No volvieron’ a

disparar, y Lane se incorporó diciendo:

—Pasó el peligro. Larguémonos…

Fredd se puso en pie de un salto, diciendo:

—¿Insiste aún en mantener el secreto?

Lañe sacó un montón de billetes, que alargó a Goulding, contestando:

—Ahí tiene lo pactado. El asunto termina aquí para usted.

El juez se movió nerviosamente en la habitación.

—¿Están seguros de que no volverán? —preguntaba—. No me gustaría que me pulverizasen la casa.

Lañe pidió a Harris un certificado del matrimonio celebrado, y cuando en su poder cogió del brazo a Debbie, dirigiéndose ambos hacia la calle, Fredd, mientras tanto, apretaba los dientes con furia. Por doscientos dólares se había atado durante algún tiempo a una mujer perseguida. ¿Cuál era la causa de que la quisiesen matar? ¿O había sido el objetivo de los proyectiles? Bien; se había prestado a la farsa y debía soportar sus consecuencias. De pronto se acordó de algo. Echó a correr, alcanzando a Horace y a la joven cuando salían del jardín. Antes de que Debbie o su acompañante se pudiesen dar cuenta de lo que iba a ocurrir, Fredd cogió a ella de una muñeca, la apartó bruscamente de Lañe, haciéndole girar, y la estrechó entre sus brazos, besándola en la boca. Cuando segundos después la apartó dijo:

—Es lo menos que una esposa puede hacer por su marido.

Debbie, con los ojos llameantes, fue a replicar, pero al fin dio media vuelta diciendo:

—¡Vámonos, Horace…! Es preferible no discutir con este bruto…

Lañe dirigió a Goulding una mirada divertida y marchó en pos de la joven. Fredd los vio alejarse, no pudiendo ahora evitar que

una sonrisa aflorase a sus labios.

Minutos más tarde entraba en su habitación del Paraíso de los Mortales. Ronald se hallaba tendido en la cama, aplicándose en el ojo un pedazo de carne cruda.

—¿Cómo resultó eso, Fredd? —preguntó.

—Demasiado peligroso. Sustituyeron las flores por plomo. Toma tu parte en el negocio. Cien dólares.

—¡Caramba! Así que la chica ha resultado ser un barril de pólvora —comento Ronald, cogiendo el dinero—. ¿No cazaste a quien disparó?

—Fueron varios, y nosotros estábamos dentro de la casa.

—Menos mal que todo acabó.

—Para mi, éste es el comienzo.

—¿Qué quieres decir? No querrás meterte en un lío.

—Es precisamente lo que voy a hacer.

—¿Has perdido la cabeza? Deja correr el agua y tratemos de hacer una buena inversión con nuestro dinero. Nos podemos divertir en grande.

—Ella es mi esposa, pese a todo, y voy a enterarme de lo que ocurre.

—¿Te has enamorado, acaso?

—Yo no me enamoro de una chiquilla sin seso.

—¿Y demuestras tener tú mucho yéndote tras sus faldas?

—Celebro haberte conocido, Ronald —dijo Fredd, tendiéndole la mano.

Ronald la estrechó sin mucho entusiasmo.

—Yo me quedaré en Kansas City durante algunos días. Si te arrepientes, ya sabes en qué lugar encontrarme. ¿Dónde vive ella?

—Es una de las cosas de que debo enterarme. Hasta la vista.

Goulding se dirigió a la puerta y, poco antes de cerrar, oyó que decía Kendall:

—Yo, en tu lugar, trataría con mano dura a esa potranca.

Se volvió para contestar:

—Es de la más pura sangre, y su doma no será fácil.

Sacó el caballo de la cuadra y, montándolo, lo puso al trote corto, deteniéndose frente al hotel Unión. Él encargado le anunció que la señorita Roope continuaba en sus habitaciones. Volvió a salir a la calle, la cruzó y penetró en un bar, sentándose al lado de una

ventana, desde la que podía vigilar la puerta del hotel. Bebió un *whisky* cuando se disponía a pedir otro, descubrió a Horace Lañe que salía con prisa marchando calle arriba. Al cabo de unos minutos regresó con tres caballos, dos de los cuales tenían sus correspondientes sillas, mientras el tercero estaba cargado con mantas y una bolsa que abultaba mucho. Debbie apareció vestida con una blusa blanca, pantalón de montar y polainas, sujetándose la cabellera con una cinta roja.

La joven y Horace, después de intercambiar unas palabras, montaron las cabalgaduras y emprendieron el camino hacia el Sur.

Fredd pagó la consumición y abandonó el bar, partiendo en pos de Debbie y Horace.

A la salida de la población, como viese que los que le precedían tomaban el camino que conducía a Paola, se detuvo un rato, cediéndoles una milla de ventaja, a fin de no ser sorprendido por ellos.

Durante todo el día se mantuvo lo suficientemente alejado, llevando no obstante su persecución con la máxima diligencia. El disco del sol se fue enrojeciendo, acercándose a su ocaso. Debbie y Horace acamparon a la vera de un bosquecillo de chopos, y Fredd se procuró refugio en una hondonada desde donde podía vigilar perfectamente movimientos de aquéllos. Lo más difícil fue encender una fogata para asar una ración de tocino. No obstante, se las arregló para reunir un haz de leña bien seca, con la que pudo condimentar su frugal cena sin mucho riesgo. Llegada la noche, tendió una manta en el suelo y se acostó sobre ella. Luego de fumar un cigarrillo, subió la pequeña ladera y echó una ojeada al bosque. La hoguera del campamento cercano destacaba entre las tinieblas.

Distinguió junto a ella la figura de Horace Lane, que estaba sentado con el rifle entre las piernas. De repente, Fredd creyó oír un ruido a sus espaldas. Volvió la cabeza para escuchar atentamente. Ahora no tuvo duda. Dos jinetes se acercaban. Sacó el revólver y se mantuvo preparado.

Los caballos se detuvieron a media milla del lugar en que él se encontraba. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería simple coincidencia? Probablemente se trataba de una pareja de viajeros que se habían cansado de galopar.

Los minutos transcurrieron sin que otro sonido extraño viniese a

turbar la paz de la noche. Fredd enfundó el revólver y volvió a acostarse. Haría bien en descansar unas cuantas horas. Los últimos acontecimientos se habían desarrollado a una velocidad vertiginosa, y su sistema nervioso necesitaba urgentemente reponerse.

Estaba medio adormilado, a punto de entregarse al sueño, cuando algo le hizo estremecer. Abrió los ojos, irguiendo el busto y quedándose sentado. ¿Qué había ocurrido? No pudo descifrarlo, y por un instante creyó que se trataba de una invención de su mente. Pero entonces el ruido que produce un animal al arrastrarse acabó con su duda. Se orientó, llegando a la conclusión de que procedía del Norte.

Se puso de rodillas y gateó hasta lo alto de la hondonada. Vio un bulto que se acercaba al lugar en que se hallaba Debbie y su guardián. Un poco más allá otro bulto. No, no podían ser animales. Eran seres humanos, y respecto a sus intenciones, parecían muy claras. Un nuevo atentado, continuación del que resultó frustrado en Kansas City. Pero con la diferencia de que ahora la noche los amparaba, y aquellos contra quienes iba dirigido se hallaban en campo libre.

Fredd empezó también a avanzar, arrastrándose sobre los codos. Poco a poco fue ganando terreno, acercándose a los presuntos asesinos. Cuando la distancia que separaba a éstos de Lañe era de unas treinta yardas, Fredd se incorporó lentamente, diciendo:

—Les estoy apuntando, amigos.

Los dos bultos crecieron en un segundo. De uno de ellos brotó una llama, al tiempo que restallaba un disparo. El proyectil rozó una pierna de Goulding. Éste apretó el gatillo y colocó una onza de plomo dentro del cuerpo de su agresor, quien lanzó un rugido y cayó desplomado. El segundo bulto echó a correr, pero Fredd fue más rápido que él y le cortó la retirada. Quería cogerlo vivo, ya que era su oportunidad de conocer al fin el misterio que rodeaban a Debbie Roope. Abalanzóse sobre el fugitivo y ambos rodaron por tierra. Fredd se dio cuenta en seguida de que tenía que habérselas con un hombre fornido, de gran musculatura. Se desasieron y pusiéronse en pie al mismo tiempo. Las armas que uno y otro habían esgrimido se encontraban en tierra. El desconocido hundió un puño en el estómago de Fredd y, a renglón seguido, le colocó otro en la mandíbula. Goulding logró coger la camisa de su rival y

evitó caer de nuevo, lo que tal vez hubiera significado su muerte. Inmediatamente pasó a la ofensiva propinando un terrible zurdazo en el hígado, quien boqueó, emitiendo un ronquido de su rival. Fredd no le concedió cuartel, sino que lo llevó retrocediendo cinco yardas con una serie de puñetazos a la cara, y cuando lo tuvo maduro, lo fulminó de un gancho. En este instante, mientras Goulding resoplaba ante el cuerpo inmóvil de su enemigo, una voz ominosa dijo:

—¡Quédese donde está y sin mover una mano!

Era Horace Lane.

Fredd le obedeció, divertido.

—¿Han peleado por ser el primero en disparar? —inquirió aquél, no sin cierto sarcasmo.

—Es posible que haya algo de eso.

—¡Esa voz! —exclamó Lane—. Me parece que le conozco a usted.

—También es posible.

Debbie llegó andando apresuradamente.

—¿Qué ocurre, Horace? —preguntó.

—Otra vez esos tipos.

—Allí hay uno tendido. ¿Está muerto?

—No lo hice yo, Debbie, sino este caballero.

Fredd sintió sobre sí la mirada de los brillantes ojos de la joven.

—¿Es que han peleado entre ellos? —preguntó de nuevo.

—El nos lo dirá —contestó Lane—. Aunque creo que le gusta jugar a fantasmas. ¿Qué responde usted?

—Que son ustedes los que prefieren permanecer en la sombra.

Debbie soltó una exclamación de estupor:

—¡Si es Fredd Goulding…!

—Resulta magnífico que me haya reconocido mi esposa antes que usted, Lañe —comentó Fredd.

—¿Qué hace aquí? —preguntó furiosa la muchacha.

—Me detuve a pasar la noche un poco más allá y fui desertado por unos merodeadores. Me dirigí a ellos inocentemente y me saludaron con un balazo. No tuve más remedio que defenderme. Eso es todo. ¿Puedo preguntar yo si conocen ustedes a estos tipos?

—Por esta región hay muchos salteadores —repuso Lane—. Apuesto a que pretendían robarnos.

—Deben tener ustedes en su poder algo de mucho valor —dijo Fredd—. Esta gentuza sólo ataca sobre seguro.

Hubo un silencio.

El forajido vapuleado por Goulding volvió en sí y comenzó a moverse.

—¿Qué vamos a hacer con él, Horace? —inquirió Debbie.

—Quizá el señor Goulding acceda a llevárselo a Kansas City para entregarlo a las autoridades.

—Lo siento —se excusó Fredd—. No puedo retroceder ahora. Kansas se aparta de mi ruta.

—Pero le darán una recompensa en la ciudad —dijo Debbie irónicamente—. ¿No aprecia tanto el dinero, señor Goulding?

—Sólo me interesa el que logro sacar de las señoritas que necesitan un marido.

La joven exclamó, iracunda:

—¡Es usted un grosero!

—Bueno —admitió él—, ¿y qué? He de contestar a sus provocaciones.

—¿Por qué no dejan de pelear? —intervino Lane.

El forajido se puso en pie, tambaleándose.

—Si se dirigen a Paola —sugirió Fredd—, pueden entregarlo al *sheriff* de la localidad.

—No vamos a Paola —repuso Horace—. De todas formas, a nosotros no nos han hecho nada. Ya han tenido un buen escarmiento. Es preferible que desarmemos a ése y dejemos que se lleve el cadáver de su compañero. Quizá esto le sirva para enderezar su vida.

—No continúe o me hará llorar —dijo Goulding.

Lañe quitó el otro revólver de la funda del bandido y le dijo:

—Ya lo has oído, muchacho. No te haremos nada si pro metes seguir el buen sendero a partir de ahora. Acompañe al campamento a Debbie, Goulding. Yo me encargo de despachar este asunto.

La joven, lejos de esperar que Fredd se le acercase siquiera, dio media vuelta y echó a andar. Fredd la siguió palpándose la nuca.

Cuando llegaron ante la hoguera, la muchacha se sentó sobre un tronco seco.

—Lo que usted ha hecho es muy bajo, señor Goulding.

—Le aseguro que ha sido en legítima defensa…

—No me refería a eso, sino a nuestra boda.

—¿Encuentra algo a faltar en ella? Le advierto que yo también. Nunca había imaginado que mi primera noche de matrimonio fuese así.

—Es usted un cínico. Debiera sentir vergüenza por haberse prestado a tal acto.

Fredd, a pesar de que había asegurado estar preparado para lo peor, no pudo evitar un gesto de perplejidad.

—¿No le parece, señorita Roope, que dadas las circunstancias de su enlace, si hay alguna persona a la que se pueda tachar de cínica es a usted?

Debbie se incorporó de un salto, exclamando:

—Esto colma la medida… ¡Márchese!

Fredd también sintió arder la sangre de sus venas.

—¡Eso es lo que voy a hacer…! Es cierto que los seguí desde Kansas City con la estúpida pretensión de prestarles ayuda… ¡Pero usted no merece ni la más pequeña brizna de generosidad…! ¡Quizá esté acertada en lo que se refiere a mi educación…! No he tenido oportunidad de adquirirla en los colegios que usted indudablemente ha frecuentado… ¡Pero sepa que hay aleo que no se puede aprender en ellos, señorita Roope…! ¡Yes a tener corazón! ¿Qué es lo que posee usted en su lugar? ¿Un pedazo de corcho?

Sin esperar una réplica, Fredd se volvió y alejóse hacia donde había dejado su caballo. En el camino se encontró con Horace.

—¿Qué le pasa, Goulding? —preguntóle éste.

—Nada sobre lo que usted pueda sermonear —contestó sin detenerse.

Llegado a la hondonada, recogió la manta, preparó su potro al cabo de unos minutos de haberse separado de Debbie se alejaba en dirección a Paola.

# CAPÍTULO IV

Fredd llegó a Paola a mediodía y se alojó en un hotel de la calle principal. Poseía dinero y le gustaba vivir bien mientras en su bolsa quedase el último dólar. Cuando estuviese vaciá se amoldaría a las circunstancias. Por ello, eligió el edificio más suntuoso de entre los que estaban dedicados a albergar viajeros. Durmió a pierna suelta durante toda la tarde y, cuando ya estaba adentrada la noche, se lavó y vistió, bajando al comedor, en donde dio cuenta de un bistec con una respetable guarnición de legumbre y patatas cocidas y un flan con fresas. Después bebió café y encendió un cigarro de veinticinco centavos. Sólo echaba de menos algo. Una mujer. Por un instante su mente recordó la figura de Debbie, pero la desechó lanzando una imprecación para sus adentros. Desparramó la mirada por el comedor. Allí había unas cuantas damas, algunas de ellas de buen ver, pero todas se hallaban ya ocupadas. Bien, tendría que buscar la suya.

Salió a la calle y pronto se orientó hacia la parte de la ciudad preferida por los alegres noctámbulos. Sus pasos le llevaron al establecimiento en que, a juzgar por los gritos que llegaban a la calle, más se divertía el respetable. En él se leía Susana y Jezabel Saloon.

Empujó las batientes hojas y penetró en el interior, donde reinaba una algarabía de mil demonios. Al fondo del local se levantaba un pequeño escenario sobre el que evolucionaban una docena de jóvenes intentando seguir el ritmo que les marcaba un piano y un violín.

Fredd se dirigió al mostrador y logró hacerse un sitio. Pidió un *whisky*, y lo bebió a pequeños sorbos mientras sus ojos examinaban las beldades. En una mesa había tres de ellas a la espera de una

invitación. No hubiesen ganado ningún título en un campeonato de belleza, pero con toda pro habilidad sabrían hacer gastar unos pocos dólares en su beneficio y en el de la casa que las tenía contratadas. Una del trío, pelirroja y con ojos castaños, descubrió a Fredd y le obsequió con una sonrisa. El correspondió con otra, y cuando iba a ponerse en camino hacia la mesa, una mano de dedos largos y finos se apoyó en su hombro, deteniéndole. Tiró sobre sus talones y quedó asombrado, contemplando una rubia de maravillosa belleza.

—¿Estás solo? —Le disparó a bocajarro, abanicando el cortinaje de sus pestañas.

Fredd la estudió más detenidamente. Valía la pena dedicar un minuto a ello. Se cubría con un vestido verde cuajado de lentejuelas que brillaban dando al hermoso cuerpo el aspecto de una sirena. La piel del generoso escote era blanca como la leche. Los hoyuelos de su cara ponían en su rostro una expresión angelical. Bajo el ojo derecho, casi en el pómulo, mostraba un caprichoso lunar. Todo en ella era excitante, fascinador.

—Completamente abandonado —replicó al fin.

La hembra hizo un mohín, diciendo:

—Ahora ya no lo estás.

Fredd sonrió, mirándola fijamente a los ojos.

—Dime, ricura, ¿por qué he de ser yo…? Aquí hay muchos hombres.

—Sé elegir el género. Es una asignatura en la que siempre saqué inmejorables notas.

—¿He de ponerme colorado?

—A tu gusto. Éste es un país libre.

Hubo una pausa. Fredd asintió, proponiendo:

—¿No te parece que podíamos hablar de nuestras cosas en lugar menos concurrido?

—Tus deseos son órdenes. ¿Quieres seguirme?

Un borracho se interpuso entre los dos.

—¿Cómo está mi querida Mara? —dijo tambaleándose, al tiempo que cogía una mano de la mujer—. ¿No te acuerdas que prometiste beber una botella conmigo?

—Déjame, Lui. El caballero ya me atiende.

—Conque el caballero, ¿eh? —El ebrio dio media vuelta,

enfrentándose con Fredd—. Es usted, ¿verdad? Y quiere llevarse a Mara…

—¿Por qué no se va a dormir un rato, amigo?

—¡Qué gracioso! ¿Espera que le aplauda el chiste?

—No, pero debería aceptar el consejo. Es gratuito.

—Yo le daré otro. Le voy a sacar la dentadura de cuajo si no se larga ahora mismo.

—No está bien armar camorra por una mujer que renuncia a su agradable compañía.

—¡Vendrá conmigo por la fuerza…!

Fredd puso en movimiento su puño, sonó un chasquido y su antagonista se desplomó como si hubiera sido herido por un rayo.

Nadie, ni siquiera los que estaban más cerca, sintió curiosidad por el incidente. Todos continuaron bebiendo, riendo y gritando.

Mara dijo a Fredd, que examinaba el cuerpo examine del caído:

—Déjalo, ya lo recogerán los mozos…

El accedió, marchando en pos de la dama. Cruzaron el saloon y, después de subir una escalera, se internaron por un pasillo que tenía a la derecha varias puertas. Mara abrió la tercera y entraron. Era un pequeño reservado en el que había una mesa, dos sillas y un diván. Sobre la mesa descansaban una botella de *whisky* y dos vasos.

—¿Te gusta? —inquirió Mara, cerrando la puerta.

Fredd la rodeó por la cintura, la atrajo hacia sí, y besóla en los rojos labios, diciendo después:

—No está del todo mal.

La rubia soltó un gorjeo y se acercó a la mesa, escanciando en los vasos. Ofreció uno a Fredd y bebieron.

—¿Cómo te llamas, valiente?

—Fredd, y tú eres Mara. Ahora que estamos presentados podemos dedicarnos a divertirnos. Sé de un juego que te gustará.

—Los conozco todos.

—Éste no. Me lo enseñó una francesa en Nueva Orleans hace cosa de un año.

—Se ve que viajas mucho. Nueva Orleans queda muy lejos de Paola. ¿A qué te dedicas?

Fredd puso su vaso sobre la mesa, abrazó a Mara y la besó de nuevo.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y una voz dijo:

—Ya está bien. Acabó el romance.

Goulding empujó a Mara con una mano mientras movía la otra hacia el revólver, pero se detuvo al ver las armas que esgrimían los dos recién llegados.

—Ande —dijo sonriéndole ferozmente un barbudo de nariz chata—, ¡desenfunde y terminaremos antes!

—Son amigos de ese tipo borracho, ¿eh? —repuso Fredd—. Sepan que le pegué cuando no tuve más remedio…

—No me largue cuentos, compadre —contestó el otro, y luego añadió dirigiéndose a Mara—: Hiciste un buen trabajo, muchacha. Ya te puedes ir…

Fredd comprendió lo estúpido que había sido al dejarse engañar por los mimos de la hembra.

Mara pasó por su lado diciendo:

—Buena suerte, valiente. Ahora si que creo que la vas a necesitar.

La rubia se fue y entonces dijo el barbudo:

—Somos un par de buenos chicos. Éste es Harris y yo me llamo Jim. Pórtese usted bien y todos seremos felices.

Fredd miró al par de «chicos». Dos gorilas dignos de figurar en un museo de criminología. El más inteligente de ellos no sabría contar hasta cien.

—¿Forma parte Mara de su pandilla? —inquirió.

—No sea tonto. La pagamos para que nos lo trajese aquí.

—¿Con qué objeto?

—Con el de saber cuál es su interés en este caso.

—¿Qué caso?

Jim frunció el ceño.

—Así que contesta con preguntas a mis preguntas… Es mala táctica, Goulding. Le puede acarrear un serio disgusto. Vaya al grano en seguida. ¿Qué tiene que ver con Debbie Roope?

—¿Debbie? Es mi esposa.

—¡Su esposa!

—Ella y yo nos conocimos hace algún tiempo.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En Filadelfia. Yo usaba entonces cuello duro. Debbie iba al colegio con mi hermanita menor. Simpatizamos duran te la fiesta de graduación. Salimos juntos dos o tres días y nos prometimos. El

resto ya lo debe saber… Nos casamos ayer en Kahsas City.
Jim sonrió, replicando:
—¡Qué emocionante es todo eso! Un par de tortolitos. Esas historias siempre me han conmovido. Y eso me pasa por tener un corazón muy tierno…
—Tuve el presentimiento de que me sería usted simpático.
Jim dio un paso hacia Fredd, sin dejar de sonreír, y le propinó un terrible culatazo en el mentón. Goulding se des plomó de rodillas, lanzando un quejido, y entonces el otro le pegó una patada en el estómago.
—¿Quiere dejar de decir embustes? Sabemos que no conocía a Debbie Roope, que se presentó en su hotel después de leer un anuncio que Horace Lane hizo insertar en El Clarín de Kansas, y que ellos le debieron convencer para que usted se casara con la joven…
Fredd se incorporó, boqueando.
—¿Necesita más leña? —preguntó Jim—. Puedo darle to da la que desee…
—¡Hablaré!
—¿No lo has oído, Harry? Va a hablar. Ya te dije que este Goulding me parecía un excelente muchacho.
—Pero mató a Van, y de un solo tiro. Me gustaría ajustarle las cuentas…
—No seas bruto. Van era un loco, y Goulding no lo es. Por eso contestará a lo que le preguntemos. ¿Está preparado?
Fredd asintió con la cabeza.
—¿Qué le dijeron en el hotel?
—Me dieron doscientos dólares por casarme.
Harry emitió un silbido y exclamó:
—¡Ésa sí que es buena…! ¡Doscientos dólares por casarse con ese pimpollo…!
—No le interrumpas, imbécil —le dijo Jim—. ¿Qué motivos alegaron para que ella se casara tan precipitadamente?
—Ninguno. No quisieron decírmelo.
—Pero usted cobró el dinero y los siguió al salir de Kansas. ¿Por qué?
—Quise saber más de ella, pero anoche, después del incidente en el campamento, me largué…
—¿Espera que nos lo creamos? Se pusieron de acuerdo y usted

nos adelantó…

—¡No hay nada de eso!

—¿Quién nos dice que no intenta engañarnos de nuevo?

—¡Al infierno con esa mujer! No me ha traído más que complicaciones sin yo quererlo. Ni siquiera sé adónde se dirige.

Se hizo un silencio. Los dos compinches cambiaron una mirada.

—Está bien, Goulding, nos va a acompañar…

—¿Para qué?

—Mera precaución. Lo dejaremos sobre su caballo en las afueras de la ciudad y volverá a Kansas City. ¡Andando…! Salga al pasillo y doble por la derecha.

Fredd obedeció, presumiendo que se dirigirían a una salida trasera del establecimiento. Bajaron una escalera y por una puerta trasera llegaron a una calle oscura.

—¡Camine ahora hacia la izquierda! —le ordenó de nuevo Jim, aplicándole el cañón del revólver en un costado.

—Pero por aquí no se va al hotel en que me hospedo —protestó él.

—Daremos un pequeño rodeo. No queremos llamar la atención de los ciudadanos.

Fredd no tuvo duda de que le conducían al matadero. En cuanto se alejasen un poco del centro le pegarían un balazo en la cabeza.

—¿Por qué no me informan sobre el asunto de Debbie Rooper? —preguntó ingenuamente.

—¿De verdad quiere saberlo?

—A cualquiera de ustedes le ocurriría lo mismo si se hallase en mi lugar. Estuve a punto de perder la vida en Kansas.

—Pero le pagaron doscientos dólares —contestó Jim—. Conozco a unos cuantos tipos que por veinticinco solamente se hubiesen prestado a hacer ese trabajo.

—¿Cuánto se ha gastado de lo que cobró? —inquirió Harry.

—Unos veinte.

Se produjo otro silencio. Fredd pensó que los dos cerebros criminales estaban sacando cálculos de la parte que correspondía a cada uno en el saqueo que seguiría al asesinato. Era el momento deseado. Jugándoselo todo, dio un salto hacia delante, lanzándose en horizontal, y cuando cruzaba el aire se ladeó, sacando un revólver de la funda. Antes de que tocase el suelo había disparado

dos veces.

Jim soltó su arma, llevándose las manos al vientre, y Harry ni siquiera tuvo tiempo para hacer eso porque el proyectil que le había sido asignado se le alojó en la cabeza, matándole en el acto.

Goulding atendió al primero, que estaba moribundo.

—¿Quién es su jefe, Jim?

—¡Maldito…! ¿Quiere… sonsacarme… todavía?

—Se va al otro mundo. Tranquilice su conciencia.

—¿Dónde aprendió… a disparar… así? No he visto en mi vida… hacerlo a… nadie… con esa facilidad…

—¡Dígame quién le pagaba, Jim!

Pero el forajido lanzó un estertor y quedó inmóvil.

Fredd se alejó de aquel lugar antes de que la autoridad se presentase, regresando al Susan y Jezabel Saloon.

Mara se hallaba hablando con el pianista, y su rostro cambió de color cuando vio que se acercaba Goulding.

—¿Qué tal, ricura? —La saludó éste.

La hembra pretendió escapar, pero él la sujetó fuertemente de una muñeca.

—Me hace daño —protestó la joven.

—¿De veras? ¿Y qué crees que sentí ahí arriba, cuando tus amigos me saludaron?

—Ni sé quiénes eran.

—Eso no es cierto. Jim dijo que te contrataron.

—Me eligieron a mí para hacer el trabajo. Eso es todo. Pudo ser cualquier otra.

—Pero tú te entenderías con el que los mandaba a ellos, ¿no?

—Fue solo con Jim. No sé ni de qué se trataba.

Fredd no pudo hacer nada. Tenía que conformarse con aquellas respuestas. Soltó la mano de la hermosa, dio media vuelta y se alejó de allí.

Minutos más tarde se tendía en la cama de su habitación. ¿En qué condenado lío se hallaba mezclada Debbie Roope? Todo el asunto parecía descabellado, absurdo. Había momentos en que creía ser víctima de una pesadilla. ¿Para qué había necesitado Debbie un marido? ¿Quiénes eran los que habían tratado de impedir el matrimonio? ¿Por qué?

No tenía respuesta alguna para tales preguntas.

Arrepintiose de haber abandonado a la joven. Era cierto que poseía un carácter endiablado, pero su situación requería una custodia permanente. Ahora, aunque él quisiera, no podría ofrecerle ayuda. Ignoraba su punto de destino. De todas formas, decidió salir de Paola y proseguir su viaje hacia el Sur.

## CAPÍTULO V

El río Osage ofrecía un imponente aspecto. Sus aguas tumultuosas, de color marrón, arrastraban troncos y ramas de árboles. Una barcaza se ocupaba en llevar animales y personas de una a otra orilla. Su dueño contestó al saludo de Fredd Goulding. Era un hombre de cabeza pequeña y ojos avispados.

—¿Va a pasar al otro lado, compañero?

—Sí, pero no tengo prisa —contestó Fredd.

Contempló durante un rato la orilla de enfrente y luego se volvió diciendo:

—Tiene un buen negocio. ¿Hay competidores?

—Soy el único que se dedica a esto —contestó el barquero—. Todo el que circula entre Pleasanton y Paola ha de pasar por aquí… Algún loco ha intentado cruzar el rió por sus propios medios, pero siempre han encontrado su cadáver a veinticinco millas de este punto. ¿Ha visto un ahogado en su vida?

—No.

—Pues no le recomiendo que lo vea. Es un espectáculo desagradable. Con el río no valen las audacias. ¿Va a esperar mucho rato?

—Me he citado aquí con una joven y un caballero.

El barquero mordisqueó una varita que tenía en la mano y preguntó:

—¿Una joven y un caballero? ¿Cómo son?

—Ella es morena, muy bonita. Se llama Debbie…

—Pues se cansaría de esperar. Ya pasaron.

—¿Cuándo?

—Anoche. Lo recuerdo porque el fulano que la acompañaba citó el nombre que usted ha dicho.

—¿Se dirigieron a Pleasanton?

—Es casi seguro. Al menos, ése es el camino que tomaron.

—Bueno, en ese caso haré bien en cruzar cuanto antes.

Llevó su potro a la barcaza y cuando el dueño de ésta se disponía a desatracar la orilla, oyeron a varios jinetes que se acercaban.

—Creo que hay más pasajeros.

—Ya volverá luego por ellos —apuntó Fredd.

En ese instante aparecieron en la margen del río cuatro hombres. Uno de ellos mostraba una estrella en su chaleco. Sus cabalgaduras estaban cansadas y sudorosas.

—¿Cómo le va, *sheriff*? —preguntó el barquero—. ¿Los llevo en este viaje?

El *sheriff* miró al único pasajero de la embarcación e inquirió:

—¿Es usted Goulding?

—Es el mismo que peleó con Rex —dijo uno de los que le rodeaban.

—Sí, soy Fredd Goulding. ¿Qué se le ofrece?

—Tendrá que regresar con nosotros a Paola —repuso el *sheriff* sacando un revólver—. Mató a dos hombres anoche en nuestra ciudad.

—Fue en legítima defensa.

—Eso lo aclararemos allá.

Fredd lamentó no haber sido el primero en desenfundar el «Colt». Ahora eran cuatro los cañones que apuntaban a su cuerpo.

—Tengo un testigo, *sheriff*. Una tal Mara, del Susan y Jezabel Saloon. Ella vio cómo los dos tipos pretendían jugármela.

—Todo eso se lo dirá al juez, hijo. Pero vendrá con nosotros para contárselo.

—¿Quién ha presentado la denuncia?

—Edisson Roberts.

—Nunca he oído ese nombre antes de ahora. ¿Quién es?

—Lo sabrá en Paola. Vamos, salga de la barcaza.

Fredd cogió de las riendas a su potro y se dispuso a volverlo a tierra firme.

De pronto una voz dijo:

—¡Ni un parpadeo, *sheriff*…! ¡Y la orden es para todos…! Tengo un revólver en cada mano con ganas de ladrar…

Fredd sonrió. Era Ronald Kendall, el cual se dejó ver sobre la silla armado como acababa de anunciar.

—¡Arrojen las armas al agua! —ordenó.

El *sheriff* y sus hombres tiraron los «Colt» a la corriente del Osage.

—¡Y ahora lárguense para su pueblo…! ¡Quiero un galope rápido…! ¡Asomen la nariz por aquí y olerán la pólvora!

Los representantes de la autoridad de Paola volvieron grupas y, en pocos segundos, desaparecieron por donde habían venido.

Ronald se metió con su caballo en la barcaza y, a una señal de Fredd, el de la cabeza pequeña inició su trabajo.

Los dos amigos se estrecharon efusivamente las manos.

—No podías haber sido más oportuno —le dijo Fredd, sonriendo —. Empiezo a creer que una sociedad puede tener beneficios… Pero explícame: ¿cómo demonios has llegado hasta aquí?

—Es sencillo. Una pelirroja me limpió los cien pavos en Kansas. Aprovechó que yo estaba dormido. Mi abuelo James tenía razón cuando decía que la mejor mujer es la que se halla a quinientas millas de uno. Bueno; el caso es que pensé que no me había ido mal contigo y salí detrás de ti. En Paola vi mucho revuelo y, cuando me enteré de que habían matado a dos hombres, me dije para mí que tú estarías metido en el embrollo.

—Pues acertaste.

—Otra vez tu esposa, ¿eh?

—Pero en esta ocasión ella ignora lo ocurrido. Debieron hacer un rodeo para evitar la ciudad.

—Los cogerán tarde o temprano. Parece que alguien tiene mucho interés en que no lleguen a su meta.

—Y voy a intentar destapar la olla para ver lo que se está cociendo.

—Por lo visto perderé el tiempo tratando de disuadirte.

—Es asunto resuelto.

—De acuerdo. ¡Cuenta conmigo!

Ambos sonrieron, dándose un fraternal abrazo.

La barcaza llegó a la orilla, y Fredd pagó el importe del viaje agregando un dólar de propina.

Llegaron a Pleasanton al atardecer sin que en el camino hubiesen encontrado a los que buscaban. Visitaron uno por uno los

hoteles de la ciudad, pero en ninguno de ellos se alojaban las personas cuyas señas e identidad daban. Por fin se declararon vencidos y se tomaron unos minutos de descanso en un bar del extremo sur.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Ronald delante de un vaso de *whisky*.

—Que no tenemos más remedio que ir a Wichita.

—¿Por qué a Wichita?

—Es el centro de una gran región que abarca muchos pueblos. Si Debbie vive en cualquiera de ellos, en Wichita nos darán razón.

—¿Y si han continuado hacia Oklahoma?

—No lo creo. ¿Por qué habían de hacer entonces un viaje tan largo para encontrar marido? Hubiese sido menos largo y costoso entrar en Arkansas.

—Entonces, cuanto menos tiempo permanezcamos aquí, será mejor. El *sheriff* de Paola debe estar detrás de nosotros con nuevas fuerzas…

Fredd dio la conformidad y partieron de Pleasanton. Durante varios días apenas dejaron de cabalgar, concediéndose el descanso indispensable. Dejaron atrás Mora, Yates Ceter y Toronto, entrando en Eureka cuando llovía a cántaros. Era una mañana desapacible en la que el viento huracanado se unía al agua para combatir los que osasen montar una silla.

Después de dejar los animales bajo techado, los dos socios ganaron la entrada de un saloon cuyo cartel había sido borrado por los elementos hacía ya mucho tiempo.

En el interior sólo se encontraban el dueño y su esposa: aquél, hombre de cabello plateado y ojos tristes, y ella una mujer gorda, enorme, con bigote sobre el labio superior. El se llamaba Tim Holt y su costilla atendía por el nombre, tan poco apropiado, de Penélope. Como tantas otras veces había echo anteriormente, Fredd les preguntó por la mujer y el hombre que buscaban, pero no pudieron darles razón de ellos. Así las cosas, los viajeros decidieron quedarse en el local hasta que el tiempo mejorase. Tim alabó la cocina de su mujer, y Goulding encargó comida abundante para él y su amigo. Efectivamente, Penélope se las entendía a las mil maravillas con el fogón, lo cual alentó a Ronald a decir que toda hembra poseía una virtud, por insospechada que ésta pareciera. Cuando encendían

cigarrillos, después de haber ingerido dos tazas de café, entró en el local un individuo de traje destrozado y barba de seis semanas.

—Buenos días, gente —saludó con una sonrisa dirigiéndose al mostrador, tras el que se encontraba Tim.

La visita no debía ser del agrado de Penélope, porque soltó un gruñido harto elocuente.

—Hola, Daniel —dijo Tim sin mucho entusiasmo, al tiempo que miraba a hurtadillas a su esposa.

El recién llegado puso una botella vacía sobre el mostrador diciendo:

—Como siempre, medio cuartillo.

Tim alargó una mano temblorosa, cogió la botella y se dispuso a servir el pedido, pero, de pronto, Penélope se trasladó de lugar con una ligereza impropia de su peso. Se hallaba en un rincón de la sala y se pudo decir que voló junto a su marido.

—¿Cuánto debe Daniel? —preguntó con cara hosca.

—Alrededor de seis dólares… —contestó Tim tras un carraspeo, y luego añadió—: Puede que siete…

—¿Y puede que diez también? —sentenció la dama—. ¡Se acabó el crédito!

—Pero mi querida Penélope… —exclamó persuasivo el moroso —. No puedes hacer eso conmigo. Soy cliente de la casa desde hace diez años.

—¡La abrimos sólo hace seis, embustero! —bramó ella, mirando fijamente a Daniel.

—Pero antes de eso bebía el agua del manantial que había por entonces aquí.

—¡Tú no sabes lo que es el agua…! ¡Ni siquiera la utilizas para lavarte…!

—¡Insúltame…! ¡Humíllame si quieres…! ¡Pero eso no hará cambiar nada…! ¡En cien millas a la redonda saben que Daniel Foster paga todas sus deudas!

—Lo único que sé es que, sumadas todas ellas, debes una fortuna. No hay bar en la región de que no seas deudor. ¡Y se acabó…! ¡Devuélveme la botella, Tim!

El marido iba a obedecer cuando Fredd se levantó y acercóse diciendo:

—Si el señor Foster no tiene inconveniente, yo pagaré su medio

cuartillo.

Daniel quedó boquiabierto, contemplando al que lo invitaba.

Penélope rezongó algo por lo bajo y volvió a su rincón, caminando ahora cansinamente.

—Gracias, señor… —dijo Foster.

—Me llamo Fredd Goulding y mi amigo Ronald Kendall. Estamos de paso. ¿Quiere sentarse a nuestra mesa? Puede beber unos vasos con nosotros.

Daniel se apresuró a aceptar la nueva oferta echando a andar tras de Goulding.

Tomaron asiento y, a una señal de Fredd, Tim acudió con una botella de *whisky* y tres vasos. Bebieron el primer trago, y Fredd dijo:

—¿A qué se dedica, Foster?

—Me enrolo en los ranchos de la región. Pero nunca estoy mucho en ninguno de ellos. Conviene cambiar de aires de vez en cuando.

Fredd se dijo que de la pregunta que iba a hacer a aquel hombre dependían muchas cosas.

—¿Ha tenido oportunidad de conocer a una joven llama da Debbie Roope?

Daniel arrugó los ojos y se mantuvo un rato pensativo.

—¿Debbie Roope? —repitió para sí—. No; creo que no… No recuerdo a ninguna mujer entre mis amistades que tenga ese nombre.

—¿Ni siquiera entre los patronos para los que ha trabajado hay un Roope?

—No; y le advierto que han sido muchos. Hay un Mac Cailister, un Taylor, un Gómez, un Dexter, pero ningún Roo pe. Ese apellido no es de esta región. Se lo puedo asegurar…

Fredd emitió un suspiro de conformidad. La última esperanza se había desvanecido. Bien; sería mejor abandonar el asunto. Después de todo, él había cumplido lo pactado en Kansas City. Doscientos dólares por ser marido ocasional de Debbie. Según le había dicho Lañe, los pasados meses, ella y él volverían a ser libres ante la ley. ¡Horace Lane! Las dos palabras repercutieron en su cerebro como dos golpes secos que le hubieran dado en la nuca.

—¿Y el nombre de Horace Lane? ¿Lo recuerda?

—¡Claro que sí! Conocí al señor Lane hace unos años…

Fredd no pudo evitar un estremecimiento.

—¿En dónde?

—Fue trabajando en un rancho cerca de Augusta. Creo que se llamaba La Herradura de Plata. Horace Lane era uno de los capataces. Un buen hombre, puedo asegurárselo. Daba gusto trabajar con él. Pero a veces caía uno en mano de otro, un perfecto canalla. Baynard Crane era su nombre. En varias ocasiones estuve a punto de descerrajarle un tiro mientras dormía porque era la única manera de matarlo. Es un verdadero demonio con los «Colt» en la mano. En mi vida he visto a nadie con su puntería y su sangre fría. Una tarde se enfrentó con tres cow-boys y no los dejó ni sacar la pistola. Todos movieron las manos al mismo tiempo, y Crane disparó tres veces sin que los otros llegasen ni a apretar el gatillo.

—¿Por qué dice que es un canalla? —preguntó Fredd, cada vez más interesado en los informes de Foster.

—Le citaré mi caso, y usted decidirá. A mí me contrataron por un año y, cuando finalizó, dije que me marchaba. Crane se opuso y me obligó a la fuerza a firmar por otro año. Necesitaban brazos porque muchos hombres de la región se habían largado a California cuando dieron allá con el segundo filón de oro. Yo aguanté dos meses y cuando tuve oportunidad me largué sin avisar. La había tomado conmigo y tarde o temprano me hubiese ofrecido como pasto a los buitres.

—¿Quién era el dueño del rancho?

—Un tal Arnold Patterson. Vivía en una ciudad del Este. No le vi el pelo en todo el tiempo que estuve por allí.

—¿Recuerda con exactitud los años que hace de eso?

—Tengo muy mala memoria. Puede que sean seis…

—¿Y no vio nunca una chiquilla que tendría entonces trece o catorce años?

—No. De eso sí que me acordaría…

Fredd dio por terminado el interrogatorio, llenando de *whisky* el vaso de Foster. Luego hablaron de otras muchas cosas sin trascendencia. El nivel del líquido que contenía la botella fue descendiendo paulatinamente. Poco después de mediodía dejó de

llover, y Goulding comunicó a Ronald la conveniencia de partir sin pérdida de tiempo. Se despidieron de Foster y de los dueños del bar, reanudando el viaje.

Llegaron a El Dorado muy entrada la noche, y durmieron hasta el amanecer, en que continuaron hacia Augusta. Era ésta una ciudad, centro de la región ganadera, limpia y con calles bien alineadas. Fredd pensó que antes de dirigirse a La Herradura de Plata debían proveerse de información adicional de lo que ya conocían por boca de Foster, ya que los recuerdos de éste se referían, cuanto menos, a un lustro atrás. Pensó también que, como en todos los pueblos del Oeste, la mejor agencia de noticias sería el saloon más concurrido. Resultó ser éste el Palladium regentado por un tal Víctor, de patillas alargadas y nariz fina. Los dos socios, acodados en el largo mostrador, lavaron la garganta con un buen trago de ginebra y después Fredd emprendió la investigación preguntando a Víctor:

—¿Vio por aquí a Lane, amigo?

—Si se refiere a Horace Lañe, hace un siglo que no pone los pies en esta casa. Pertenece a la Liga Antialcohólica.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—Vaya al rancho Trébol. Lañe trabaja allí.

—Tenía entendido que prestaba sus servicios en La Herradura de Plata.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Una voz procedente de una mesa inquirió:

—¿Quién habla de La Herradura de Plata?

Fredd se volvió, encontrándose su mirada con un hombre de unos treinta años, de facciones angulosas y ancho tórax.

—Lo he mencionado yo —declaró Goulding.

—¿Qué busca en ese rancho?

—A Horace Lañe.

El sujeto en cuestión había interrumpido una partida de póquer que jugaba con otros tres hombres tan mal encarados como él.

Víctor se agachó detrás del mostrador, susurrando débilmente:

—Tenga cuidado, forastero. Es John Merrill.

Fredd no había oído nunca hablar de John Merrill, pero suponía con fundamente que se trataba de un profesional del revólver.

—¿Qué desea de Lañe? —preguntó Merrill, incorporándose.

Un espeso silencio se abatió sobre la sala, en la que había un par de docenas de clientes.

—Es asunto de él y mío —repuso Fredd completamente serio.

—Un gallito, ¿eh? —sonrió sarcásticamente el forajido—. Usted es nuevo aquí…

—Acabo de llegar con mi amigo.

—¿Y cómo les dejan ir solos por el mundo?

—En casa éramos muy pobres. Muchas veces sorteábamos el huevo frito entre nueve de familia. Por eso mi padre nos aconsejó que cada uno se ventilase su vida…

Alguien soltó una carcajada, pero al instante una mirada fulminante de Merrill la cortó en seco. El pistolero dijo:

—Aquí sobran los guasones. Y usted está de más.

—Desde luego —sonrió Fredd—. Me iré al Trébol dentro de un rato.

—No me refería a la ciudad, sino a la región. Usted y su amigo tendrán que evaporarse.

Goulding negó con la cabeza.

Los parroquianos empezaron a salir del local, y los más alejados de la puerta se movieron aprisa para escapar antes de que silbasen las balas.

—¿Prefiere tener su tumba en Augusta? —inquirió Merrill, dejando caer inertes los brazos a lo largo de sus costados.

—Una pitonisa profetizó que moriría a los setenta y ocho años.

—¿Y creyó tal embuste?

—Estoy tan seguro de que será así que en un circo de Topeka me presté a sustituir al domador de serpientes, que se hallaba enfermo.

Uno de los que huían lanzó una risotada y continuó riendo en la calle a mandíbula batiente. Merrill estaba lívido. Se daba cuenta de que le tomaban el pelo, cosa que, sin duda, era la primera vez que le ocurría.

—¿Sabe quién soy? —preguntó, iracundo.

Fredd, a pesar de que había sido advertido por Víctor repuso:

—Lo ignoro.

—¡John Merrill! —exclamó el otro, hinchando el pecho.

—¿El sacamuelas que va de rodeo en rodeo buscando clientela?

Merrill llegó a su punto de saturación. Apretando los dientes, tiró del revólver con ánimo de enviar al otro mundo a su

antagonista. Y lo que vio entonces fue para no ser creído. La mano derecha del joven se movió imperceptiblemente y de ella brotó una llama. ¡Santo cielo…! ¿Cómo un dedo puede arrojar plomo…? Los ojos se le nublaron súbitamente y se dio cuenta de que su vida tocaba a su fin. ¿Acertarían siempre las pitonisas? Fue ésta la súbita pregunta que se hizo. Después se desplomó sobre el piso de madera.

Fredd miró durante un rato el cadáver y, al fin, levantó los ojos, recorriendo con ellos los rostros de los tres que habían jugado con Merrill.

—¿Se opone alguno de ustedes a mi visita a Horace Lane?

Los aludidos, que parecían figuras inmóviles de un grupo escultórico, abrieron la boca sin lograr articular sonido alguno.

—¿Te das cuenta, Ronald? —dijo Fredd a su socio—. Los caballeros están conformes con nuestra estancia en la región. Ahora sólo falta que testifiquen ante el *sheriff* que esto ha sido un caso de legítima defensa. Me molestaría enormemente que opinasen de otra forma. ¿Están también de acuerdo sobre el particular?

Las tres cabezas de la mesa sintieron, meneándose rápidamente al unísono.

Fredd abonó el precio de los dos vasos de ginebra y salió del establecimiento, precedido por Ronald, que ya en la calle exclamó:
—¡Compañero…! ¿Cómo te las has arreglado para disparar de esa manera?

—Recuerda que, al parecer, hay por esta comarca alguno que lo hace mejor que yo.

—¿El tipo que citó Foster?

—Baynard Crane.

—Es difícil que así sea, pero de todas formas no tendrás que enfrentarte con él. Ya lo has oído. Lañe trabaja ahora en el Trébol.

# CAPÍTULO VI

Debbie Roope llamó a la puerta que tenía ante sí y una voz, desde dentro, la autorizó a entrar. Abrió y pasó a la habitación, un despacho tras cuya mesa de roble se incorporó de un salto un hombre de ojos negros y cabellos entrecanos, que frisaba en los cuarenta años.

—¡Debbie…! —exclamó—. ¡Al fin has vuelto…! ¿Dónde te metiste, chiquilla?

Dio la vuelta a la mesa y besó a la joven en una mejilla.

—No me esperabas, ¿verdad, Clark?

Clark Powell escrutó el rostro de Debbie.

—Naturalmente que te esperaba… ¡Imaginé que habías sentido nostalgia del Este y que te marchaste a pasar una temporada! A quien no se lo perdono es a Horace. El estaba obligado a prevenirme. ¿Crees que me hubiera opuesto a tu viaje? Si es así, admitiré que eres como esas niñas tontas que piensan tan mal de los tutores.

Debbie dio la espalda a Clark y entrelazó los dedos de las manos, avanzando hacia la ventana, a cuyo través se veía el jardín de la casa.

—He estado en Kansas City… —murmuró con sequedad.

—¿En… Kansas City…? ¡Por Dios, si lo hubiese sabido habría ido en persona a por ti!

—¡Pensé que lo sabrías!

Clark demudó la voz:

—¿Que lo sabría…? ¿Por qué razón? ¿Crees que Horace me escribió? ¡Ese granuja guardó bien el secreto!

—Imaginé que alguno de tus amigos de allá podría haberme reconocido y enviado la noticia.

—En absoluto, Debbie. Repito que hubiese ido para convencerte de que regresases. ¡Ni siquiera dejaste una nota de despedida al pobre Gregory…! Todas las tardes ha estado viniendo con la esperanza de saber algo de ti. ¿Cómo has podido hacer una cosa así, Debbie…? Si viviera tu padre…

—¡Si viviera mi padre no habría tenido necesidad de marcharme de mi casa! —chilló la joven, volviéndose.

Clark se quedó mudo de extrañeza durante un largo minuto. Finalmente se acercó a la muchacha y puso las manos sobre sus hombros, mirándola fijamente a las pupilas.

—¿Qué te pasa, Debbie?

—¿Y eres tú quien pregunta?

Clark se humedeció los labios con la lengua y repuso:

—¿Por qué no te sinceras conmigo?

Debbie giró nuevamente sobre sus talones, apartándose de su tutor. Un pesado silencio cayó como una losa sobre el despacho.

Clark lanzó un suspiro, cubriéndose el rostro con ambas manos. De pronto, la puerta se abrió de golpe, irrumpiendo en la estancia impetuosamente, un hombre joven, de unos treinta y dos o treinta y tres años de edad, fuerte, atlético, de rostro correcto y bigote recortado.

—¡Debbie! —exclamó, acercándose jubilosamente a la muchacha.

Ella ofreció sus labios, y él la besó con fruición, abrazándola.

—¿Qué tal, Gregory? —preguntó Debbie al separarse.

—¡Horace me ha avisado tu llegada y he venido volando…! ¡Estás más hermosa que nunca! —Gregory Morrow dejó una pausa para añadir, naciendo desaparecer la sonrisa de sus labios—: ¡Pero no te perdono esta escapada…! ¿Cómo demonios se te ocurrió una chiquillada así…? ¡Y con Horace…! Me decía a mí mismo que no podías haberte enamorado de él. ¡Pero sufría como un condenado, a pesar de todo…! El me ha dicho que habéis estado en Kansas City. ¿Qué fuisteis a hacer allí…?

—Fui a buscar marido.

La imprevista respuesta cortó la respiración a Gregory, pero al instante se repuso lanzando una carcajada.

—Siempre tan bromista, Debbie —exclamó—. Has llegado a asustarme.

—No se trata de broma alguna, querido —repuso la joven—. Me he casado.

Gregory frunció el ceño, retrocedió un paso, tragó saliva y apuntó con el índice el pecho de la mujer.

—¿Te has vuelto loca, Debbie…? ¿De qué estás hablando…?

Clark intervino, aproximándose a los dos:

—¿No te sientes bien, pequeña…? Será mejor que vayas por el doctor, Gregory.

—Me encuentro perfectamente, y en pleno uso de mis facultades mentales —declaró Debbie—. ¿No se dice así en los momentos decisivos?

—¡No puedo creer que hayas hecho semejante barbaridad! —objetó Clark, trémulo.

Debbie sacó del escote un papel doblado y lo alargó a su tutor, quien en menos de treinta segundos lo leyó de un tirón, entregándoselo luego a Gregory, mientras exclamaba:

—¡Es cierto…! ¡Se ha casado con un tal Fredd Goulding!

Morrow invirtió un poco más de tiempo en la lectura.

—¿Quién es Fredd Goulding? —rugió al terminar, manoteando con el certificado expedido por el juez Harris, de Kansas City.

—Un desconocido —contestó Debbie sin perder la serenidad.

—¿Quieres decir que te enamoraste de él nada más verlo? —gritó Gregory—. ¡Y te olvidaste de mí…! ¿Es eso?

—Ese matrimonio es absurdo, Debbie —intervino Clark—. ¡Escribiré inmediatamente a ese juez instándole a la revocación de tal acto…!

Debbie miró severamente a su tutor.

—Me casé para entrar en posesión de mis propiedades, Clark…, y lo hice con un desconocido porque me figuraba que su vida no valdría ni los doscientos dólares con que le pagué el servicio que me prestó…

Las palabras de la joven causaron la más honda impresión en los dos hombres que la escuchaban.

—¿Es que no estás conforme con mi administración? —preguntó Clark con voz repentinamente débil.

—Por la razón que sea —repuso Debbie—, el rancho que mi padre dejó al morir, cada día es más pequeño, el ganado disminuye y las tierras de cultivo y pastoreo rinden menos… No puedo

soportar que lo que papá logró levantar con tanto sacrificio y esfuerzo, desaparezca totalmente…

Gregory fue quien inquirió ahora:

—¿Qué dices de ese Goulding? ¿Por qué su vida estaba en peligro?

—Por ser precisamente mi marido. Hay alguien en esta comarca que prefiere, al parecer, que mis bienes sean administrados por Clark…

El tutor tenía hundida la cabeza entre los hombros. Parecía como si en escasos minutos hubiese envejecido diez años.

—¿Qué dice usted a eso? —preguntó Morrow.

—¡Simples suposiciones! —contestó el aludido con voz no muy convincente.

—¡Suposiciones! —dijo Debbie—. Cuando se terminó la ceremonia cayó una lluvia de balas en la habitación donde nos encontrábamos. Ese mismo día, Horace y yo salimos de Kansas City. Goulding nos siguió. Los asesinos debieron creer que él estaba de acuerdo con nosotros y que se quedaba en la retaguardia para vigilar. Por la noche, cuando nos hallábamos acampados, nos atacaron de nuevo… Naturalmente, su objetivo era eliminar a Goulding…

—¿Por qué razón? —inquirió Gregory.

—Para castigar su osadía al aceptar el papel que le dimos. Además, el que pagaba a los forajidos tendría interés en que yo llegase viuda a mi casa.

—Lo que no comprendo es cómo se pudieron enterar de tus intenciones, Debbie.

—Yo comuniqué a Horace mi idea una noche, en el jardín. Fue tres días antes de marcharnos. Cuando nos íbamos a separar, un seto próximo al lugar en que nos hallábamos se movió. Nos habían estado escuchando. Durante el viaje a Kansas tuve la impresión de que éramos seguidos, pero Horace no lo creyó así.

—¿Y por qué no te casaste conmigo, Debbie? ¡Yo te hubiera protegido!

—¿Es que no te das cuenta de que a estas horas estarías muerto? Goulding intentó ayudarme y tuve que portarme duramente con él para quitarle tal idea de la cabeza. No podía consentir que muriese por mi culpa. Después de todo, si él se iba, a mí me dejarían

tranquila. Dentro de dos meses, el propio juez Harris me divorciará de Goulding y me casaré contigo, Gregory.

La sonrisa volvió a aflorar a los labios de Morrow.

—Por lo visto no tengo voz ni voto en esta cuestión —murmuró Clark con gravedad.

—No te recrimino por lo que haya podido ocurrir en el rancho —le dijo la muchacha—. Durante los últimos doce años tú has estado al frente de él y yo tan sólo hace ocho meses que llegué. Desde que era niña, al morir mi padre, no había vuelto a poner los pies en esta casa. Déjame que sea yo ahora quien la dirija. Sabía que mi decisión te contrariaría, y por ello preferí presentarte un hecho consumado. Lo siento, Clark, pero no tenía dónde elegir…

El tutor se mantuvo unos segundos, inmóvil y luego meneó la cabeza en sentido aprobatorio. Subió una mano a su frente y se apretó las sienes mientras decía:

—Sí, creo que has hecho bien, Debbie. Eres admirable. Posees el mismo carácter que tu padre. En el más breve plazo posible haré un estado de cuentas. Luego me iré…

—No, Clark, no te marcharás. Ésta será siempre tu casa…

El aludido descubrió su rostro y sonrió, palmeando afectuosamente el brazo de la joven.

—Eres una mujer brava, Debbie. Como aquellas que acompañaban a los primeros que se establecieron en esta región. Te desearé mucha suerte…

El tutor dio media vuelta y salió del despacho.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos, Gregory preguntó:

—¿Crees que él ha podido aprovecharse de su cargo?

—No lo sé —respondió ella—. Sospecho de todo el mundo. Es algo inevitable.

—¿De mi también?

Debbie le miró sonriendo, y él apresó una de sus manos, acercándose para besarla. Pero antes de que sus labios se volvieran a unir llamaron a la puerta, y la joven autorizó la entrada.

Era Horace Lane. Su lengua se trabó varias veces hasta lograr decir:

—Te buscan, Debbie.

—¿A mí? ¿Quién?

Lañe hizo girar el sombrero entre sus dedos mientras gruñía

nerviosamente.

—¿Lo dirás de una vez, Horace? —exclamó la joven—. ¿De quién se trata?

—Fredd Goulding desea verte —contestó al fin el capataz.

Debbie agrandó los ojos, mostrando en su cara un gesto de asombro total.

—¿Fredd Goulding? —repitió, como si no hubiese oído bien.

—Tu esposo, Debbie…

La muchacha soltó un gemido, se agachó buscando un sillón cercano, y dejóse caer en él al encontrarlo. Gregory, que se había quedado tan perplejo como su prometida, entrecerró los ojos y ordenó a Horace:

—Dile a ese caballero que puede pasar…

# CAPÍTULO VII

Fredd penetró en el despacho, buscó con la mirada anhelosamente a Debbie y, al verla sentada en el sillón, la levantó en vilo, estampándole un beso en la boca y exclamó:

—¡Querida…! ¡Cómo te he echado de menos…!

Debbie emitió otro quejido, haciendo pucheros, y él casi la dejó caer en el sillón.

Gregory, que había contemplado estupefacto la escena, dio un respingo, gritando:

—¡Caballero…!

Fredd le sonrió.

—Es mi esposa. ¿No se lo ha dicho? —pronto se pegó con una mano en la frente diciendo—: ¡Claro…! ¡Qué tonto soy…! ¡Seguro que les preparaba una sorpresa…! Querida, cuánto siento habértela estropeado…

—Por favor, cállese —le suplicó Debbie—. Ahora es cuando usted lo está echando todo a rodar…

—¡No tiene usted derecho a hacer eso! —rezongó Gregory—. ¡Es mi prometida…!

—Eso era antes, compañero —contestó jovialmente Fredd—. ¿Es que no lo ha oído…? Se lo diré de otra forma. Yo soy su marido.

—Se refiere a aquella farsa, ¿eh? Sabe perfectamente que la intención de la señorita Roope no era casarse con usted en el sentido qué normalmente se concede a este acto…

—¿Es que en el matrimonio puede haber más de un sentido? —preguntó Fredd con ingenuidad—. No me haga reír, compañero…

—¡No soy compañero de usted…! ¡Y le exijo que ahora mismo salga de esta casa…!

Debbie se tapaba los oídos con las palmas de las manos,

intentando no escuchar la discusión.

—¿De quién es esta casa? —inquirió Goulding, irguiendo la barbilla.

—De la señorita Roope, naturalmente.

—¡Pues es mía también! —Fredd echó una ojeada a la habitación, añadiendo—: ¡Y por cien mil diablos que me gusta mi hogar!

Gregory, rojo de indignación, parecía ir a estallar.

—¡Es usted un fresco, Goulding! —chilló furibundo—. ¡Y le voy a poner de patitas en la calle…!

—¿Sí? Me gustaría saber cómo lo va a conseguir.

—No me gusta emplear la violencia —dijo jactanciosamente Morrow—. Me repugna dar un espectáculo lamentable en presencia de mi prometida…

—Mi mujer —le replicó Fredd—. Y ya puede empezar el espectáculo.

Gregory soltó un resoplido, se acercó a Fredd y le disparó un puñetazo. Goulding flexionó la cintura, y su agresor, al perder el equilibrio, se desplomó en el suelo con un gran estrépito.

—¡Ya basta, señor Goulding! —exclamó Debbie levantándose del sillón y mirando fieramente a su esposo.

Gregory se incorporó, frotándose la nariz y observando después la mano, temiendo verla manchada de sangre.

—¿Por qué me ha seguido? —inquirió la joven.

—Un marido debe velar por su mujer. Recuerda las palabras del juez, pequeña. He de protegerte de todo peligro.

—Estoy en mi casa, sana y salva. ¿Se da por satisfecho?

—No. El peligro continúa gravitando sobre ti.

—¿De dónde ha sacado tal idea?

—Me la inculcaron por el camino. He dejado un reguero de muertos tras mis pasos. Concluyente, ¿verdad?

—¿Es que no se da cuenta, señor Goulding, de que el único que aquí peligra es usted?

—Me gustan las emociones fuertes.

—¡A mi no…!

—¡Yo sé lo que quiere este hombre! —terció Gregory con redoblados ímpetus.

—Bueno, suéltalo —sugirió Fredd.

—¡Más dinero…! ¡Le parecieron pocos los doscientos dólares…! ¡Es un vulgar extorsionista…! ¿Por qué no lo confiesa…?

Goulding giró hacia Gregory, quien al ver la dureza que expresaba su rostro dio un salto que le hizo retroceder tres yardas.

—¡Le prohíbo que ponga la mano encima de mi prometido, señor Goulding! —dijo Debbie.

—Pues aconséjele que silencie sus estupideces o no podré contenerme.

—¿Quieres salir un momento, Gregory?

—¿Te vas a quedar a solas con este monstruo, Debbie?

Fredd echó a andar hacia Morrow, y éste salió disparado en busca de la puerta. Cuando se encontró en el umbral, antes de cerrar, volvió la cabeza y dijo:

—Si necesitas ayuda, no vaciles en llamarme, Debbie…

Marido y mujer quedaron solos. Como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, y dejaron transcurrir algunos minutos en silencio. Ella empezó a pasear lentamente por el despacho mientras él la miraba inmóvil. Por fin, la joven se detuvo y murmuró:

—He de empezar por agradecer su gesto, señor Goulding. Confieso que pocos hombres en su lugar se habrían atrevido a proseguir esta aventura que pudo costarle la vida… Pero ahora todo está resuelto y debe marcharse. De acuerdo con el compromiso que ambos adquirimos, dentro de dos meses quedaremos separados ante la ley.

—¿Por qué no dejas eso y me dices qué es lo que motivó tu decisión de casarte en Kansas?

Debbie sintió que otra vez renacía la ira en su pecho.

—Está bien —exclamó—. ¡Se lo diré si tanto insiste…! Necesitaba casarme para ser la dueña de este rancho que administra mi tutor, Clark Powell, desde que quedé huérfana hace doce años…

—¿Mala administración por parte de él?

—No lo sé. Lo cierto es que las cosas han marchado muy mal. ¡Pérdidas de ganado, epidemias, incendios en los pastos, pozos que se secan de la noche a la mañana, accidentes mortales entre los cow-boys…!
El rancho maravilloso de mi padre se ha convertido en algo que amenaza ruina por los cuatro costados.

—¿De quién sospecha, dejando a un lado a Clark Powell?

—Hay varios rancheros a quienes interesa que mi propiedad no sea floreciente: Herbert Cruzon… Rudy Hamilton… Baynard Crane…

—¿Baynard Crane? —repitió Fredd, recordando el informe de Daniel Foster.

—Sí. Es el dueño de La Herradura de Plata.

—Tengo entendido que era sólo su capataz.

—Eso fue hace algunos años. Según me han dicho, Crane compró el rancho a su antiguo patrón, al cual, como pasaba la mayor parte del tiempo en el Este, no le interesaba mucho la propiedad.

—¿Quién conocía, además de Lane, tu proyecto?

Debbie contó la escena del jardín.

—Siendo así —comentó pensativamente Fredd— cualquiera pudo haberte oído…

—Señor Goulding, ¿cuál es su intención?

—Quedarme en la comarca y aclarar las cosas.

—Pero… ¿por qué? ¡Y no me repita lo mismo que siempre! Ya sé que soy su esposa, pese a todo. Pero usted sabe también que lo nuestro acabará, pasado un plazo de sesenta días que ya empezó a correr.

Fredd la miró dubitativo.

—Me ha ocurrido algo sorprendente, Debbie. Vine aquí por amor propio. Me trataste muy mal en Kansas City y en el campamento aquella noche. Cuando intentaba dar contigo me engañaba a mí mismo diciéndome que debía ayudarte. Pero ahora, en el rato que llevo en esta habitación, he descubierto otra cosa.

—¿Qué es ello?

—¡Que tú no eres lo que parecías! Que te comportaste así conmigo para que me marchase de tu lado, porque querías evitar mi muerte…

—Dando por buenas sus conclusiones, ¿y si ahora le suplico que se vaya?

—Es inútil que insistas. Me quedaré.

—¡Jamás he conocido a un hombre tan tozudo como usted, Fredd…!

Al darse cuenta de que lo había llamado por su nombre, se mordió los labios. El sonrió y giró encaminándose a la puerta. Con

la mano en el picaporte, dijo antes de salir:

—No me gusta ese tipo como marido para ti, querida.

Debbie lanzó un suspiro y fue a replicar, pero el ya se había marchado.

## CAPÍTULO VIII

Lane, Goulding y Kendall se hallaban a la sombra de un nogal. Eran las doce del día. Hacía veinticuatro horas que los dos últimos días habían llegado al rancho Trébol. Horace se había ocupado de proporcionarles alojamiento en el pabellón de los
cow-boys.

—El asunto está confuso —decía Fredd—. Pero hay algo en él que resulta altamente sospechoso.

—Supongo que se refiere a la actuación de Clark Powell como administrador —repuso Lañe.

—Forzosamente se ha de pensar mal de él. Son demasiadas desgracias las que han sobrevenido a esta hacienda bajo su mando.

—Pero por otra parte da la impresión de ser persona íntegra. En mi opinión, se trata de un hombre incapacitado para llevar adelante un negocio de esta clase.

—¿Usted cree? —dijo Fredd, como si pusiese en duda las palabras del capataz—. Hábleme de esos accidentes y procuraré sacar una conclusión por mis propios medios…

—Los incendios parecían intencionados, pero nunca se ha podido pescar al que aplicaban la llama.

—¿Se incendiaron los pastos de los demás ranchos?

—Alguna vez, pero no con tanta frecuencia como los nuestros.

—¿Y para qué están los muchachos?

—El equipo del Trébol es el más reducido de todos los ranchos de la región. Ha habido ocasiones en que se les ha debido la paga atrasada de tres o cuatro meses… En tales casos los hombres se van a otras haciendas. El Trébol tiene mala fama y nadie quiere trabajar en él. Por eso es difícil, con tan poca gente, vigilar la enorme extensión de la hacienda.

—¿A qué se deben los retrasos en los pagos?

—Powell no ha podido vender algunas temporadas el ganado indispensable para hacer frente a las necesidades económicas del rancho. Los compradores han preferido realizar sus operaciones con otros ganaderos.

—¿No existe un precio uniforme por res en la comarca?

—¡Ahí está el truco! Todo el ganado que se exporta ha de, pasar inevitablemente por el Paso del Buitre para llegar al ferrocarril de Wichita. Es un lugar enclavado en una zona montañosa donde se refugian Jack Lorent y su pandilla de cuatreros. Ocurre una cosa graciosa. Hay unos cuantos ganaderos que pasan sus reses por allí sin ser molestados, mientras que otros, entre los que se halla Clark, son continuamente objeto de sus rapiñas. Claro que, cuando el ganado cruza el paso, pertenece ya al comprador, y Jack procede contra él según sea la marca de los vacunos.

—¿Y, en vista de la situación, los tratantes operan sólo con los que tienen patente de inmunidad ante Jack Lorent?

—Exacto. ¿Se da cuenta de que toda la culpa no es de Clark Powell?

—Esos ganaderos que gozan de un trato de favor en el Paso del Buitre deben abonar una fuerte prima a Lorent.

—Eso es lo que suponen muchos, pero los interesados alegan que no son molestados porque llevan entre su equipo buenos tiradores de pistola. Como usted sabe, una de las condiciones de la venta de ganado es la de que el vendedor ha de encargarse del transporte aun cuando reciba el precio en el punto donde se realice la operación.

—¿Quiénes son los que consiguen pasar ganado de esa forma?

—Carson, Hamilton, Crane y Pechadody son los principales exportadores.

—¿Y por qué no han terminado de una vez con Jack Lorent?

—Eso es fácil de decir, pero nadie le ha puesto hasta ahora el cascabel al gato. Jack cuenta con veinticinco o treinta hombres. Cada uno de ellos es, un superclase del revólver. Los ganaderos podrían reunir doscientos cincuenta o trescientos *cow-boys*, un verdadero ejército. Pero existe el inconveniente de que los grandes no desean terminar la amenaza, puesto que beneficia sus

intereses. De aquí que se piensa que son ellos mismos quienes protegen a Jack. Los débiles también podrían formar una tropa considerable, pero no sería bastante para acabar con los cuatreros, ya que éstos conocen palmo a palmo el terreno de la montaña, sus escondites y sus vericuetos. Si se plantease la batalla, estoy seguro de que Lorent y su gente serían vencedores.

—¿Ha recibido Clark alguna oferta de compra sobre el Trébol? —preguntó Fredd.

—Que yo sepa, ninguna.

Guardaron silencio durante un rato.

Gregory Morrow pasó frente a ellos montando un caballo del que saltó al pie de la escalera que conducía a la casa.

—¿Morrow es también ranchero? —inquirió Goulding.

—No. Cultiva remolacha en grandes extensiones. Su padre inició esta clase de negocio en la región. Algunos quisieron imitarle, pero el viejo Morrow les hizo una competencia a muerte, ofreciendo su mercancía por bajo del coste. Así acabó con todos sus rivales. Aún hoy, nadie piensa dedicar sus campos a la remolacha porque se teme al hijo casi tanto como al padre.

—¿Cuándo se conocieron Debbie y él?

—Se conocieron de niños, pero no se habían visto desde hace diez años. Al morir el padre de Debbie, Clark, que fue nombrado tutor por el difunto, envió a la chiquilla a un colegio de Pensilvania. Hace unos ocho meses, ella volvió. Gregory le hizo una visita de cortesía, luego siguió viniendo y terminó por pedirle que se casase con él.

Fredd vio que a través de los cristales de una ventana Debbie y Gregory discutían sobre alguna cuestión.

—Dígame, Lañe, ¿no pudo reconocer a la persona que les sorprendió aquella noche en el jardín?

—Desgraciadamente, huyó antes de que pudiera echarle mano.

—¿Y no tiene idea de quién pueda ser?

—Era uno de nuestros cow-boys que nos espiaba por cuenta de alguien, eso no hay duda.

Kendall, que escuchaba silenciosamente los informes de Lañe, preguntó:

—¿Quién era Merrill, el tipo que tumbó a Fredd en la ciudad?

—Uno de los pistoleros de Jack Lorent. Hicieron ustedes un mal negocio. Por todas las circunstancias que concurren, harían bien en abandonar la comarca cuanto antes.

—Es el mejor consejo que he oído en mi vida —comentó Ronald —. Pero trate de convencer a Fredd para que lo siga…

—He decidido quedarme —repuso el aludido—. Tú te irás en seguida…

—¿Crees que te voy a dejar solo en este avispero? O nos vamos los dos o no se va nadie…

—Por lo que veo, son ustedes un par de locos —sonrió Horace—. ¿Qué es lo que piensan sacar de todo esto? Supongamos lo imposible. Aunque ustedes consigan devolver su antiguo esplendor al rancho Trébol, ¿qué pasaría después…? Yo se lo diré, Goulding. Debbie se divorciará de usted y se casará con Gregory.

—Eso no le importa a Fredd —contestó Ronald—. El no está enamorado de su mujer. Lo que pasa es que le gusta complicarse la vida metiéndose en todos los líos que encuentra en su camino. Aunque yo debo bendecir esa manía, creo que cualquier día se le acabará la suerte…

—Recuerda la profecía de la pitonisa —le interrumpió Fredd.

—¡Al infierno con la bruja…! ¿Piensas que yo voy a creer semejante paparruchada…?

—Merrill pensaría ahora de otra manera, si viviese.

—Está bien —rezongó Ronald—. ¿Cuál es tu plan de operaciones? ¿No querrás pasar los días bajo este nogal esperando a que te descerrajen un tiro? ¿Por qué no dar facilidades y salir por ahí para que nos lo peguen cuanto antes?

—Haremos algo de eso —replicó Goulding—. Si no me equivoco, estamos en plena temporada en cuanto a lo que se refiere a venta de reses, ¿no es así, Lañe?

—Efectivamente.

—Y supongo será necesario que el rancho Trébol coloque su mercancía…

—Hay cerca de tres mil reses aptas para la venta.

—¿Cuál es su precio?

—Se venden a doce dólares treinta y cinco centavos por cabeza. Naturalmente, ése es el precio de Crane y los otros grandes. Nosotros no las podremos colocar ni rebajando esos treinta y cinco

centavos de pico.

—¿Existe alguna Bolsa donde se realicen las transacciones?

—Sí, el Club Ganadero de Augusta. Las horas de más movimiento son de diez a doce de la mañana.

Fredd asintió con la cabeza lentamente, viendo cómo Gregory salía de la casa, montaba en la silla y se alejaba a galope.

—Iré a hablar un rato con mi mujer —anunció echando a andar —. Hasta luego, compañeros.

## CAPÍTULO IX

Fredd se encontró con Debbie cuando ésta salía del despacho. La joven estaba preciosa con un vestido blanco de cuello abotonado y lazo azul. Quedáronse ambos mirándose lar go rato sin pronunciar palabra.

—Deseo hablar contigo, Debbie…

Ella, acostumbrada a la forma en que era tratada por Fredd, se limitó a emitir un suspiro dé resignación, diciendo:

—Pase al interior, si quiere.

Ya dentro, no le invito a que se sentase, sino que se cruzó de brazos y enarcó las cejas, esperando le comunicase la razón de aquella imprevista audacia:

—He hablado con Horace —empezó a explicar Goulding—. Según parece, tres mil cabezas de ganado son aptas para la venta. Quiero que me firmes un documento dándome poderes para realizar la operación.

Debbie arrugó el entrecejo y lanzó una exclamación de asombro, diciendo a continuación:

—¡Ya salió el motivo de esta horrible persecución…! Con que era eso lo que buscaba, ¿eh?

—Te ruego seas un poco cauta en tus pensamientos, querida. Creo saber hacia dónde diriges los tiros.

—¡Esta vez se ha pasado de listo! Piensa que lo ha planeado todo muy bien y que el negocio le saldrá a pedir de boca. Yo le doy ese poder, usted vende el ganado y luego se esfuma con el importe de la operación en compañía de la mosquita muerta de su amigo, que también debe ser de cuidado…

Fredd esbozó una sonrisa y repuso:

—Para haberte educado en un colegio de Pensilvania eres

bastante corta de inteligencia, pequeña.

—¡Fredd…! ¡Digo, señor Goulding! —rectificó al instante la joven, lívida de vergüenza.

—No tienes que excusarte. Llámame por mi nombre. Es lo menos que puedes hacer por tu marido.

—¡Es usted insoportable!…

—Dejemos eso ahora. Al parecer tú ignoras, pequeña salvaje, que hasta el presente nuestras reses han alcanzado una mínima cotización, por no decir que ésta ha sido nula.

—¡Estoy al corriente de lo que ocurre en mi rancho…! —Las dos últimas palabras las acentuó, haciendo hincapié en el posesivo.

—Entonces, ¿cómo puedes imaginar que hago mi petición para largarme con un producto que, según los antecedentes, no puede existir? ¡Busca a alguien en el rancho que haga esa venta!

—¡Pero es que usted puede vender las reses por un precio muy inferior al que existe en el mercado! Si es a diez dólares por cabeza, habrá ganado treinta mil dólares.

El rostro de Fredd se endureció.

—Por lo visto tienes formada una opinión muy mala de mí. ¿Crees que por dinero arriesgo mi vida? He matado a varios hombres desde que te conocí. Con menos suerte, hubiese sido yo alguna vez el que habría quedado tendido en el suelo. Ahora estoy dispuesto a vender ese ganado y a llevarlo hasta Wichita…

La puerta se abrió cautelosamente, y Clark Powell, que había escuchado la última parte de la proposición de Fredd, dijo, entrando:

—¡Eso es absurdo! Perdóneme que haya entrado sin llamar. Continuó creyendo que estoy solo en la casa. Supongo que usted es Fredd Goulding…

—Y usted Clark Powell…

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

—Me alegro que estés aquí —dijo Debbie—. Convence al señor Goulding que su plan es una locura…

—No es necesario —objetó Fredd—. Conozco todos los obstáculos, que encontraré para llevarlo a cabo. No quiero asegurar que vaya a ser un éxito, pero voy a intentarlo.

—Mi respuesta es negativa —repuso la muchacha con voz fría.

—¿No sabes que es la única oportunidad? —inquirió Goulding

—. Tu tutor ha luchado con una serie de imponderables obstáculos que han hecho inútiles sus buenos deseos en la administración del rancho. Tú te has casado para entrar en posesión de la herencia de tu padre y has debido tener en cuenta, antes de correr esa aventura, que habrías de enfrentarte con los mismos problemas que Clark no pudo solucionar.

—¡Esos problemas ya han dejado de existir! —le interrumpió Debbie con aspereza.

Clark y Fredd la contemplaron perplejos. El primero prosiguió:

—¿Qué quieres decir?

—Me casaré con Gregory, venderé a Crane mis ganados y dedicaré mis tierras al cultivo de la remolacha. He estado hablando con mi prometido y he llegado a la conclusión de que eso lo resolverá todo…

Un rictus de amargura ensombreció la cara de Powell.

—¿Vas a hacer tal cosa, Debbie? —murmuró quedamente.

—Los tiempos de mi padre ya pasaron. Antes se luchaba abiertamente. Ahora los negocios se hacen sin tener en cuenta la ética.

—¿Y te atreves a pronunciar semejantes palabras? —chilló Fredd—. ¿Eres la misma que se arriesgó a ir a Kansas City para casarse y tener en sus manos las riendas del rancho…? ¿Para qué…? ¡Para destruir lo que aparentemente querías conservar…!

—¡Basta! —gritó también Debbie, apoyando los puños en su pecho.

—¿Ves como tengo razón? —le dijo Fredd—. Tú misma sabes que para llegar a lo que pretendes hacer no habría valido la pena pasar por el despacho del juez Harris. ¡Déjame que lo intente, Debbie…! ¡Si consigo vender ese ganado y llevarlo a Wichita, el rancho Trébol puede volver a ser lo que fue!

—¡Será un suicidio! —Opuso la joven—. ¡Lo matarán irremediablemente…!

—Y si eso ocurre, ¿qué…? No tengo ningún familiar que lo sienta.

—¡No y mil veces no!

Fredd decidió jugarse la última carta. Sabía que su equivalencia era la del as de triunfo.

—¿Qué tienes tú que perder en ello, Debbie? Cualquiera

aseguraría que estás enamorada de tu esposo.

La muchacha palideció, y Goulding aprovechó la ocasión para machacar.

—Deberías dar tu aprobación aun cuando no fuese más que para probar a Gregory que no hay nada entre tú y yo.

—¡De acuerdo, señor Goulding! —rugió ella como una leona herida—. ¡Le daré ese poder reforzado con mi firma…!

—Y no se olvide de incluir las palabras «como esposo y administrador de mis bienes». Téngalo preparado para esta tarde. Ahora me marcho a dar órdenes para que seleccionen el rebaño…

Fredd dio media vuelta y encaminóse a la puerta.

—Le deseo la suerte que merece —dijo Clark con voz en que se notaba la emoción.

El joven giró la cabeza sonriente y dijo a Debbie, que continuaba mirándole:

—En el peor de los casos para mí, querida, te ruego no me guardes luto.

Y luego salió de la habitación.

# CAPÍTULO X

Fredd y Ronald se detuvieron a las nueve y media de la mañana del día siguiente ante el bar regentado por Víctor, en Augusta. Ataron Tas bridas de las cabalgaduras y penetraron en el establecimiento, dirigiéndose al mostrador mientras re partían sus miradas por el local. A aquella hora sólo había media docena de clientes en las mesas, la mayoría de los cuales no debían haberse acostado la noche anterior, a juzgar por las profundas ojeras que mostraban y, sobre todo, por los ronquidos de los que apoyaban la cabeza en el velador.

Víctor, en cambio, aparecía fresco y dinámico, ya que el turno de la madrugada lo dejaba en manos de empleados de su confianza. Reconoció al instante a los recién llegados.

—Me preguntaba en qué lugar se hallarían las tumbas de ustedes…

—¿Tan grave está el asunto? —preguntó Fredd.

—Varios hombres han estado aquí repetidas veces indagando su paradero.

Los dos amigos se miraron.

—Bueno; esperemos que tampoco falten esta mañana —comentó Ronald.

Víctor arrugó la nariz, asustado.

—¿Van a quedarse, amigos?

—Es una norma especial de cortesía procurar que se entrevisten con nosotros —contestó Fredd.

—¡Pero ellos son compañeros de Merrill…!, ¿compren den?

—¡Perfectamente! ¿Quiere servirnos un vaso de *whisky* mientras aguardamos a esos señores?

Víctor tardó un minuto en moverse para servir el pedido.

Lo que acababa de oír de aquellos clientes era algo insospechado. ¡Iban a esperar a los pistoleros de Jack Lorent! Des de luego, pensaba, el rubio que había matado a Merrill era una cosa seria con el revólver. Pero ¿qué podría hacer frente a tres o cuatro forajidos de los que capitaneaba Lorent? ¡Si hasta el *sheriff* hacia la vista gorda cuando bajaban a divertirse a la ciudad!

Escanció el *whisky* y se quedó otro rato boquiabierto mirando cómo cogían los vasos y bebían sin dar la menor muestra de nerviosismo.

El tiempo se fue desgranando en segundos…, minutos…

Hacía media hora que los socios se encontraban en el local, cuando tres hombres, uno detrás de otro, penetraron juntos y se aproximaron al mostrador.

Víctor observó sus rostros y tragó saliva, no escapando el detalle a Fredd.

—¡Ginebra! —pidió uno de los recién llegados, de pelo crespo y cuello de toro—. ¡Tres vasos!

Mientras el patilludo propietario hacia tintinear el cristal, el mismo de antes preguntaba:

—No han vuelto, ¿verdad? —Y al no recibir contestación añadió —: Esos tipos están a doscientas millas de aquí…

—Le apuesto a que no —dijo Fredd, volviéndose hacia el que acababa de hablar.

Éste hizo una mueca. Y tras examinar a Goulding, dijo:

—¿Sabe usted a quiénes me refiero?

—A nosotros —contestó Fredd, sacando sus dos armas con movimientos rápidos y sincronizados.

Los tres forajidos parecieron estatuas.

—No intenten truco alguno —les advirtió el joven—. Se resentiría su salud.

Ronald realizó la parte del plan que le había sido reservado por su amigo. Extrajo los revólveres de las fundas de los pistoleros y vació los cilindros de proyectiles, hecho lo cual volvió a colocar las armas en su sitio. En pocos minutos la labor de desarme parcial, pero eficaz, quedó concluida.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fredd al del cuello de toro.

—Harry Talbot.

—Muy bien, Harry. Tú vas a llevar la voz cantante.

—¿A qué se refiere? Es como si me hablase en chino, y le advierto…

—¡Guárdate las advertencias! ¡Soy yo quien ordena…, y vosotros los que obedecéis…! El que se desmande no lo podrá contar, ¿entendido? Pues ahora escuchadme: Vamos a ir al Club Ganadero. Os limitaréis a llevarme la corriente. Sobre todo tú, Harry. Quiero veros las caras alegres. No vais a ningún funeral. Pero será el vuestro, ¡si no os portáis como buenos muchachos…! ¡Andando…!

—¡Eh! ¿Quién paga fa ronda? —preguntó Víctor.

Fredd arrojó sobre el mostrador una moneda de a dólar.

Al salir a la calle, cada socio se puso a un extremo, que dando los tres pájaros en el centro, y enfundaron las pistolas.

El Club Ganadero se hallaba ubicado en el centro de la población. Goulding y Kendall habían hecho un reconocimiento del lugar antes de penetrar en el local de Víctor.

El saloon en que ganaderos y compradores ventilaban las operaciones, ofrecía un brillante aspecto. Había muchos corros de los que salían voces referentes a reses, números y dólares.

Fredd pasó su mano por el brazo de Harry Talbot y dijo riendo, pero sin mirarle:

—Empieza la comedia, compadre. Sonríe y háblame de cualquier tontería… Que se den cuenta de que somos unos estupendos amigos… Recuerda que si eres mal actor, no tendrás oportunidad de representar otro papel, porque te quedarán pocos minutos de vida…

Ante tal perspectiva, Harry lanzó una carcajada que, aunque ficticia, mereció la aprobación de Fredd. Los otros compañeros de aquél lo imitaron e inmediatamente, a una señal de Goulding, se detuvieron, hicieron un círculo y comenzaron a hablar del tiempo que hacía.

Un hombre obeso, de rostro apoplético, se acercó al grupo recién formado.

—¿Qué tal va eso, Harry? —saludó.

Fredd dio un empujón disimulado a Talbot para que dejase sitio al que hablaba y al propio tiempo le contestase.

—Muy bien, señor Ready… —murmuró Harry con voz un poco vacilante—. ¿No conoce a estos amigos?

—Fredd Goulding —se presentó el propio interesado—. Y éste es Ronald Kendall… Ambos ganaderos.

—¿Ganaderos? —repitió Ready con extrañeza—. ¿Se han establecido ahora?

—No —dijo Fredd—. Me casé con la señorita Debbie Roope. Su rancho necesitaba la mano de un hombre. —Aquí guiñó un ojo, agregando—: Ya me entiende…

Su interlocutor todavía no parecía estar muy seguro del terreno que pisaba. Consultó un papel extraído de un bolsillo y después miró de hito en hito a Talbot y a Fredd.

—¿Quiere decir que se le puede comprar a usted, señor Goulding…? Su nombre no está en la lista de cotización…

El joven soltó una risotada y palmeó con fuerza la espalda de Talbot, diciendo:

—¿Qué te parece, Harry…? Dice que no estoy en la lista… Gracioso, ¿verdad? —Y repitió la carcajada.

El forajido tuvo que reírse también.

—Sí que lo es —contestó.

—Me gustaría que Jack lo hubiese oído también —remachó Fredd con lágrimas de hilaridad en los ojos.

Ready miró a un lado y a otro, bajando la voz:

—¿Sabe alguien más que está usted autorizado, Goulding?

—Acabo de llegar y es mi primer día de negocio.

—¿Cuántas reses tiene?

—Tres mil.

—¡Son mias…! Le cojo a usted la palabra…

—Todavía no hemos hablado del precio —objetó Fredd.

—Son doce dólares con treinta y cinco por res. Puede decírselo Harry.

—He tenido sumo placer en conocerle, Ready —dijo Goulding.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no quiere vender?

—Sí, pero a quince dólares la unidad.

—¿Está loco? ¡Dos dólares setenta y cinco centavos más caro que el precio de cotización!

—Exactamente. Usted sabe bien que el rancho Trébol apenas ha vendido en los tres últimos años. Por eso ahora me encuentro dueño de las mejores reses de la comarca. Tenemos centenares de ejemplares que darán los setecientos kilos, y ninguno bajará de los

quinientos…

—¡Trece cincuenta por res! —exclamó Ready.

—Quince.

—¡Catorce, y voto a mil diablos que no le doy más…!

Fredd miró por encima del hombro de Ready, preguntando a Harry:

—¿Quién es aquel caballero que lleva ensortijados todos los dedos de la mano derecha?

—Karl Muster, uno de los más fuertes importadores.

—Me gustaría conocerlo…

Ready se secó con un pañuelo las gotas de sudor que habían perlado su frente.

—¡Está bien, Goulding! —rezongó—. ¡A quince dólares! ¡No consentiré que Muster me quite la partida…!

—¿Cómo va a pagar?

—Si tiene el ganado cerca, le echaré una ojeada para comprobarlo, después le firmaré un cheque por los cuarenta y cinco mil, que podrá cobrar cuando las reses lleguen a Wichita.

—¡Magnífico…! ¿Qué estamos esperando? Vamos allá.

—Yo me quedaré por aquí —dijo Harry.

—No, hombre —contestó Fredd, enseñándole los dientes—. Tú y éstos venís con nosotros…

El gran rebaño, al cuidado de Horace Lañe y los cow-boys del Trébol, se hallaba en un terreno público, a unas tres millas de allí, al sur de la ciudad.

Los ojos de Ready dijeron lo que su boca no expresaba. Era el mejor ganado que había adquirido en muchos años.

Dijo a Fredd que estaba conforme y lo invitó a que volviera con él a Augusta para formalizar la operación.

Todo había salido hasta entonces de acuerdo con el proyecto trazado, y Ronald se quedó con Horace, los muchachos y los tres vaqueros.

Comprador y vendedor regresaron al Club Ganadero y en una habitación, a solas, el segundo mostró el poder que le había conferido su esposa. Ready rellenó dos impresos que llevaba consigo, en los que se hacía constar las condiciones de la operación, los firmaron y quedáronse cada uno con un ejemplar. Luego, aquél

formalizó el cheque.

—Ya sabe lo que dice ahí, señor Goulding. Tendrá que salir mañana hacia Wichita.

—Lo haré al amanecer.

—En ese caso, lo esperaré con cinco de mis hombres una milla más allá del Paso del Buitre. —Ready estrechó la mano de Fredd—. Y salude de mi parte a Jack Lorent, si lo ve.

El joven sintió que un escalofrío le recorría la espina, dorsal.

Finalmente se despidieron en la calle hasta el día siguiente, y Fredd volvió con los que habían de acompañarle en la aventura.

El ganado pastaba debidamente custodiado. Talbot y sus compinches habían sido instalados en una tienda de lona. Horace y Ronald expresaron a Fredd su temor de que la última parte del plan, el cruce del Paso del Buitre, echase a rodar todo el esfuerzo hasta entonces realizado. Pero el atrevido joven se mostró más optimista que nunca, haciéndoles olvidar sus augurios. Aun cuando en su interior él era quien, en aquellos instantes, confiaba menos en el éxito.

# CAPÍTULO XI

Las reses, pateando la tierra, mugiendo, se acercaban al Paso del Buitre.

Fredd cabalgaba a la vanguardia, teniendo a su derecha a Harry Talbot.

—¿Qué habría hecho usted si nosotros no hubiésemos aparecido por el bar de Víctor? —preguntaba el forajido.

—Desde luego, me vinisteis al pelo. Pero de todas formas, ya me las hubiera arreglado para coger otros prisioneros. Tenía noticias de que los hombres de Lorent están a cada momento en la ciudad.

—¿Cree que va a pasar por ese desfiladero sin ser descubierto? Le suponía a usted más listo.

—Debes rezar porque lo crucemos sin novedad. Al primer disparo que me hagan, te levantaré la tapadera.

Talbot dio un respingo, asustado. Al parecer, no había pensado en semejante contrariedad.

—¿Qué quiere que haga? —inquirió con voz trémula.

—Desviar todas las sospechas que pueden sentir tus amigos.

—¡Pero se darán cuenta de que el hierro de las reses pertenece a Trébol…! ¡Jack dio orden de que no se dejase pasar ni una sola!

—¿Jack estará ahí?

—No lo sé. A veces se le ocurre levantarse temprano y darse una vuelta por El Paso.

—Bueno, tú verás cómo me sacas las castañas del fuego. Ya sabes lo que pasará si se ponen las cosas feas.

Harry lanzó una maldición por lo bajo y quedó rumiando sus pensamientos.

La distancia que los separaba del desfiladero fue disminuyendo. Fredd oteaba las montañas cercanas intentado descubrir algún

hombre, pero sólo vela rocas, pinos y arbustos. De vez en cuando, un cuervo graznaba cortando lentamente con las alas desplegadas el aire de las alturas.

El mar de cuernos se iba estrechando, alargándose conforme el camino se adentraba entre los montes.

Ronald, al final de la expedición, custodiaba en compañía de un cow-boy
a los otros dos pistoleros, a quienes aquél hizo la advertencia de que pasarían a mejor vida si no se comportaban, al menos una vez, como personas decentes.

Harry, después de su examen de conciencia, miró a Fredd y dijo:

—La primera pareja de centinelas se halla detrás de la roca negra que puede ver a la derecha de aquel pico.

—¿Se te ha ocurrido algo ya para burlar la vigilancia?

—Todo depende de que Jack esté allí, o llegue mientras el ganado pasa. ¡Es un condenado rebaño…! ¡Tardará hora y media en cruzar la última cabeza…!

—No me fió nada de ti. ¿Cuál es tu proyecto?

—Hablaré con los centinelas. Si están solos, podré convencerles de que Jack ha autorizado la expedición.

—Pues llámales, porque no te dejaré subir.

Harry asintió meneando la testa. Al cabo de un rato dijo lúgubremente:

—Lo malo vendrá después. No podré venir aquí, Jack me mataría…

—La comarca sentirá mucho tu ausencia —ironizó Fredd—. Pero lo importante para ti es conservar el pellejo.

—¿Quién me dice que usted cumplirá su palabra de dejarnos libres cuando pasemos?

—Es un riesgo que tendrás que correr. Pero te puedo asegurar que no he faltado nunca a una promesa.

Harry sopesó la respuesta y, después de un minuto de silencio, advirtió:

—Ya estamos llegando; no se ponga nervioso.

—Tú eres quien debe procurar mantenerse sereno. No te preocupes por mí. En peores que ésta me he encontrado.

La roca negra se levantaba sobre la ladera de la montaña, ofreciéndose como magnifico observatorio de la entrada del Paso.

De pronto, apareció tras ella un hombre con un rifle.

—¡Hola, Bud! —gritó Harry, levantando el brazo.

El llamado Bud, a unas treinta yardas de distancia, se quedó quieto y preguntó:

—¿Quién ha comprado ese ganado?

—¡Burges Ready, el mejor amigo de Jack…!

Hubo una pausa. Un individuo que llevaba unos gemelos en la mano se acercó a Bud, saliendo del escondite, y le dijo algo.

—¡Eh, Harry! —gritó de nuevo el del rifle.

—¿Qué pasa, muchacho?

—¡Jeff me dice que llevan la marca del Trébol!

Harry lanzó la carcajada más convincente de su vida.

—¿Y por qué crees que estoy aquí con esta gente, estúpido? ¡JacK me ha encargado que los acompañe…! ¿Es que no sabes que el Trébol ha cambiado de dueño?

Búa se encogió de hombros y contestó:

—No sabía nada… ¡Pero es el rebaño más numeroso que he visto en mi vida, y me alegra…! ¡Esta noche tendremos un buen botín a repartir…! ¡Adelante, Harry!

Talbot suspiró ruidosamente, diciendo a Fredd:

—Ya acabó. Usted gana, Goulding.

—Supongo que a la salida del paso habrá más centinelas.

—Sí, y en todo su recorrido. Pero si hemos entrado, saldremos, a no ser que Jack aparezca de improviso.

Pero Laurent no hizo notar su presencia durante los ochenta y cinco minutos que invirtieron en hacer pasar las tres mil cabezas. Harry se las entendió sucesivamente con los guardianes que se encontraron. Finalmente, terminada la arriesgada aventura, Fredd dijo, media milla más allá del desfiladero:

—Ya puedes marcharte con tus amigos.

Ronald se aproximó acompañado de los otros forajidos.

—Si he de decirle la verdad, Goulding —repuso Talbot—, nunca he terminado que dejase de cumplir su palabra. ¿Prometió volver al Trébol?

—Sí.

—Cavará su tumba si lo hace. Jack no le perdonará esta jugada.

—Será muy divertido. Por nada del mundo me lo perdería. Un último favor, Harry. Ya que no vas a regresar con tu jefe, ¿puedes

decirme qué prima cobra por cada rebaño que deja pasar?

—Un veinte por ciento del precio de venta. Naturalmente lo paga el vendedor. Pero hay alguien que pasa sus reses gratuitamente.

—¿Quién?

—Baynard Crane.

Después de una pausa, Harry inquirió:

—¿Podemos marcharnos ya? Quisiéramos alejarnos cuanto antes de estos lugares, y ustedes van demasiado despacio…

—De acuerdo. Pero si os veo retroceder os balearemos sin preguntar.

—Descuide. Yo sé siempre lo que me conviene. Buena suerte, Goulding, creo que la va a necesitar.

Los tres pistoleros se alejaron cabalgando briosamente.

Media hora más tarde, Ready, conforme a lo pactado, se unió a la expedición, llevando consigo cinco hombres.

Fredd sintió temor porque Jack Lorent se pudiese enterar demasiado pronto de lo ocurrido. Pero, por la razón que fuese, el tiempo fue transcurriendo sin que nada viniese a turbar el viaje.

Dos días más tarde, cuando el sol brillaba en lo más alto, llegaron a las afueras de Wichita, donde Ready tenía instalados sus corrales cerca de la estación del ferrocarril.

El y Ready se marcharon al Banco Ganadero, donde hicieron efectivo al segundo el cheque por los cuarenta y cinco mil dólares. El joven apartó tres mil doscientos que deseaba pagar a los cow-boys encargados del arreo, por atrasos que se les debían, y el resto lo depositó en una cuenta pendiente que abrió a nombre de Debbie Roope.

Había quedado citado con los muchachos en el *Blue Saloon* y a él se encaminó después de despedirse de Ready a la salida del Banco.

Sentado ante una mesa situada en un rincón del establecimiento, Fredd fue pagando a cada uno de los cow-boys de acuerdo con la relación que había hecho Horace Lañe.

Una vez fueron satisfechos todos los honorarios, Fredd habló a los empleados del Trébol:

—Creo que Horace os ha puesto al corriente de la forma en que

se ha realizado esta operación. Agradezco que ninguno haya desertado. Pero ahora es justo que os diga que vuestro regreso al rancho equivaldría a sostener una lucha a muerte con Jack Lorent, su pandilla y el poderoso hombre que se respalda tras la chusma. El que lo desee puede marcharse. Es preferible que toméis una decisión ahora.

Un impresionante silencio acogió las palabras pronunciadas.

Al cabo de un rato, un cow-boy de rostro broncíneo y ojos de gato repuso:

—No es que tenga miedo, pero si yo muriese, nadie podría alimentar a mi esposa y a mi hija. Ellas viven aquí, y me quedaré en mi casa.

—De acuerdo —admitió Fredd—. Márchese.

Otro de los que hacían círculo alrededor de la mesa murmuró, tras aclararse la voz:

—Yo no tengo familia, pero hace tiempo que deseaba colocarme en un oficio menos pesado.

—Pues ahora se le presenta la oportunidad —dijo Goulding—. ¡Váyase! ¿Hay alguno más?

Recorrió con la mirada las caras que tenía frente a sí, sin que nadie hiciese uso de la palabra.

—Bien, amigos. Es un gesto que os honra. Inmediatamente nos pondremos en marcha. Como ahora podemos ir más ligeros, volveremos al Trébol por las montañas del Oeste. Será un viaje más duro por lo escabroso del terreno, según me ha informado Horace, pero evitaremos el encuentro con las gentes de Lorent y llegaremos antes. Los carros que hemos traído se quedarán aquí.

El atardecer les sorprendió en pleno monte, pero continuaron cabalgando hasta que la oscuridad hizo peligrar sus vidas.

Encendieron hogueras y se acostaron cerca de ellas cubriéndose con mantas, pues la temperatura era glacial.

En cuanto se produjo el claroscuro del siguiente amanecer, levantaron el campamento y reanudaron el viaje.

El sol salió, llevando su reconfortante calor a la tierra y a los seres vivientes.

El sendero que seguían serpenteaba montaña arriba. De repente, Fredd y Horace, que iban en cabeza, se encontraron al doblar un

recodo con los rostros feroces de Harry Talbot y sus compañeros. Cada uno de ellos esgrimía en la mano un revólver.

—¿Sorprendido, señor Goulding? —sonrió aviesamente Harry.

—Es posible —concedió Fredd.

—Dígales a sus hombres que se mantengan donde están.

Fue Horace quien dio la orden.

Los forajidos habían elegido buen terreno, porque desde sus sillas dominaban perfectamente a los que tenían debajo.

—¿Qué quieres, Talbot? —preguntó Fredd.

—El dinero.

—Tendrás que conformarte con los cincuenta dólares que llevo encima.

—No me haga reír. ¡Suelte la pasta que pagó Ready por el rebaño…! ¿Creía que a Harry Talbot se le podía tratar como usted lo ha hecho? ¡Utilizándome como chivato…! ¡Se cambiaron las tornas, Goulding!

—El importe de la venta lo ingresé en el Banco Ganadero.

Harry frunció las cejas.

—¿Ha hecho eso? —dijo amenazadoramente.

—No tienes más que ir a Wichita para informarte.

—Un tipo listo, ¿eh? Se quiso asegurar contra un robo…

—Será mejor que enfundes las pistolas y dejes el paso libre.

—¿Quién lo dice? —Carcajeó el forajido—. Le anuncié que tendría necesidad de su buena suerte…

—Yo siempre la he tenido cuando me ha hecho falta.

—¡Esta vez le falló, Goulding…! ¡Le voy a matar!

En aquel instante, Horace clavó las espuelas en los ijares de su alazán y éste se levantó, relinchando, interponiéndose entre los pistoleros y Fredd.

Talbot disparó, incrustando una bala en el muslo de Lane.

Goulding tiró del «Colt» con velocidad relampagueante y apretó el gatillo dos veces.

Harry lanzó un rugido al sentirse alcanzado en el suelo y se desplomó de la silla, rebotando en el suelo y cayendo después dando vueltas por la ladera de la montaña.

Uno de sus compañeros soltó el revólver. Un proyectil le había roto la mano. El otro levantó los brazos, entregándose en el acto.

La herida de Lañe no era muy importante, aunque su cura fue

dolorosa, ya que hubo que extraerle la bala. Fredd le dio las gracias emocionado, por cuanto su intervención le había salvado la vida.

—Usted es más importante para el Trébol que nadie —fue la respuesta del valiente capataz.

Luego Fredd se entendió con los dos forajidos supervivientes. El de la mano atravesada había sido vendado por su compañero.

¿Qué haría con ellos? Lo lógico sería entregarlos al *sheriff* de Augusta, pero, tal como estaban las cosas, no pasarían mucho tiempo encerrados. Decidió dejarlos en libertad, por cuanto no volverían con Jack Lorent. Éste no les perdonaría su colaboración en el cruce del Paso del Buitre, aunque hubiese sido obligada.

# CAPÍTULO XII

Cuando llegaron al rancho, a las diez de la noche, Fredd se encontró con la sorpresa de que Debbie no estaba. Una criada negra le anunció que se había marchado a la fiesta que se celebraba en Augusta.

El joven fue a ver a Horace, que ya había sido acostado en su cama, y preguntóle:

—¿Qué fiesta es ésa a la que ha ido Debbie?

—El baile anual de los rancheros.

—Será muy divertida, pero yo me voy a dormir —dijo Fredd.

—Bueno; debe estar cansado como todos. Allí se reunirá la flor y nata de la comarca.

—No me gustan las fiestas de sociedad.

—Allí estarán todos. Hasta Baynard Crane…

Goulding miró de soslayo a Horace, inquiriendo:

—¿Qué pretende al darme esos datos?

—Pensé que pudieran interesarle.

Fredd paseó alrededor de la cama y finalmente se golpeó la palma de la mano con el puño cerrado.

—Está bien. Iré —declaró—. Pero le voy a rogar algo, no le diga a Ronald dónde me he ido. Ya ha hecho bastante el muchacho por mí.

—No se lo diré. Quiero darle un consejo. Crane es tan buen tirador como usted, rápido y certero. Si se enfrenta con él deberá poner toda la carne en el asador.

—Usted estuvo trabajando con él. ¿Por qué lo dejó?

—Me licencié yo mismo cuando compró La Herradura de Plata.

—Gracias, Horace, tendré en cuenta su consejo.

—Y cuídese de la pandilla de Lorent. Rondarán cerca. ¿Por qué

no lleva unos cuantos hombres con usted?

—Hay cosas que resuelve uno mejor yendo solo. Si no lo vuelvo a ver, cuide de la muchacha…

—¿Es que va a olvidar su profecía, Fredd?

—Quizá se equivocase la pitonisa —contestó el joven saliendo de la habitación.

Hora y media más tarde, penetraba en el teatro Lincoln de Augusta. El aspecto del salón, al que habían quitado las butacas para la fiesta, era brillante. Damas y caballeros se habían cubierto con sus mejores galas. Se veían muchas joyas adornando cuellos ebúrneos o escotes fascinantes.

Fredd contempló su propia indumentaria que, aunque limpia, desmerecería de las del resto de los asistentes.

Al descubrir a Debbie entre un grupo de mujeres, se acercó a ella y con la mayor naturalidad la besó en la comisura de los labios.

Debbie se estremeció sobresaltada, e instantáneamente quedó interrumpida la conversación.

—Buenas noches, querida —dijo Fredd, sonriendo.

Las damas lanzaron una exclamación al unísono.

Antes de que Debbie se repusiese de la sorpresa, Fredd la cogió del brazo, se disculpó haciendo una reverencia a las estupefactas señoras y llevóse a aquélla a una próxima mesa repleta de bandejas y botellas.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? —le recriminó Debbie.

—He besado a mi mujer. ¿No te he dicho que estás deliciosa con ese vestido, Debbie?

Era de color rosa y, realmente, le sentaba maravillosamente a la joven.

—Ya sé que consiguió pasar el ganado —contestó ella, eludiendo la conversación.

—¿Cuándo lo supiste?

—El mismo día que lo hizo. No se habla de otra cosa en toda la comarca. Aunque aseguran que para conseguirlo tuvo que ceder la mitad de las ganancias a Jack Lorent.

—¿Quién dice eso? Me gustaría cambiar impresiones con él.

—Tendría que enfrentarse con la población de Augusta y sus alrededores… ¿no fue así?

—Un tal Ready me pagó a quince dólares la res…

—¿A quince dólares? —repitió Debbie, asombrada.

—Aboné lo que se debía a los cow-boys, de acuerdo con Horace, y el resto lo ingresé a tu nombre en el Banco Ganadero de Wichita. Jack Lorent no se ha embolsado ni un solo centavo a costa de esta operación.

Durante un minuto, ninguno de los dos pronunció palabra.

—¿Por qué ha vuelto, Fredd? —murmuró Debbie.

—Nunca dejo sin acabar lo que empiezo.

—Es usted un temerario. Parece como si tuviese interés en morir aquí.

—Da lo mismo un sitio que otro. Éste no es peor que los demás.

—Nunca me ha hablado de su vida. ¿Por qué no me cuenta algo ahora?

—Hay poco que contar. Nací en un carromato que se dirigía a Oregón. Antes de llegar a la tierra prometida, cuando yo tenía pocas semanas, mi padre fue muerto por los indios. Mi madre tuvo que trabajar para seguir adelante. Quedé huérfano a los seis años y fui recogido por un viejo vagabundo con el que recorrí medio país, educándome. Respirábamos aire sano, bebíamos agua de los mejores manantiales, pero muchas noches nos acostábamos sin haber comido.

—¿Le enseñó él a tirar con la pistola?

—Sí; decía que eso era esencial para el que vive de la forma que nosotros lo hacíamos.

—¿Cómo se llamaba?

—Bob Hendrix. Era un hombre de los que no quedan. Para él lo importante consistía en hacer el bien. Opinaba que se es bueno o malo por instinto, con independencia del ambiente en que uno vive. La experiencia me ha demostrado que Bob tenía razón.

Hubo una pausa. Debbie tenía las pupilas clavadas en el rostro de Goulding.

—¿Qué espera de la vida, Fredd?

El tardó un rato en contestar:

—Nada.

—Es deprimente oírle decir eso… ¿Cómo ha llegado a tan extraña conclusión?

—Cuando Bob Hendrix murió, yo había cumplido los dieciocho

años. Siempre recordaré aquella noche en que entregó el alma a Dios. Había estallado una tormenta y diluviaba sobre nosotros y los animales que montábamos. Nos encontrábamos a la intemperie, y Bob recordó una gruta que se hallaba cerca. Emprendimos una galopada y, de pronto, el caballo de Bob tropezó con la raíz de un árbol y se desplomó. El viejo se rompió la columna vertebral en la caída. Me dijo que no lo moviera porque provocaría su muerte. Aquel lugar se hallaba a tres días del primer pueblo. No me dejó que fuese por auxilio médico. Sabía que moriría antes de que yo pudiese regresar a su lado. La fiebre hizo presa en él y, momento antes de morir, me cogió por el cuello de la camisa y me dijo: «No esperes que nadie te dé nada. Lo que hayas de poseer habrás de ganarlo con tu propio esfuerzo».

—Pero el mundo no es una guarida de lobos, Fredd —objetó Debbie—. Debemos tener fe en nuestros semejantes.

En aquel instante llegó junto a ellos Gregory Morrow.

—¿Qué haces aquí con este hombre, Debbie?

—¿Es que no lo ve? —contestó Fredd—. Estamos conversando. ¿Tiene inconveniente?

—Si lo tengo.

—Por favor, Gregory —intervino la joven conciliadora—. ¿Quieres serenar los nervios? El señor Goulding me comunicaba el resultado de la expedición de Wichita…

—Creo que no es momento para hablar de negocios. Las mujeres no te quitan ojo de encima. Me estás poniendo en ridículo.

—Para eso se basta usted solo —apuntó Fredd.

—¡Señor Goulding! —chilló Gregory—. ¡Le prohíbo que se dirija a mí en el resto de su vida! ¡Usted y yo no tenemos nada que discutir!

—Es una noticia que me apena —ironizó Goulding—. Me estaba acostumbrado a oír sus sandeces y ahora habré de prescindir de ellas…

El otro irguió la barbilla con petulancia y ofreció el brazo a Debbie, diciéndole:

—¿Vamos, querida?

La muchacha dirigió a Fredd una mirada vacilante, y éste dijo:

—No te preocupes, Debbie. Al fin y al cabo has venido con él y yo he de ocuparme de algunas cosillas que están pendientes de

arreglo…

Ella se alejó con Gregory, mientras Fredd la seguía largo rato con la mirada.

—¿Qué tal, señor Goulding? —dijo una voz a su espalda.

Se volvió y contempló a un hombre de unos cuarenta años, alto, fuerte, de rostro alargado y ojos penetrantes.

—Quizá usted no me conozca, Goulding. Soy Baynard Crane…

—He oído hablar de usted —repuso Fredd seriamente.

—Eso quizá facilite nuestro entendimiento.

—¿Usted cree?

—No lo he puesto en duda un solo instante desde que llegó a mi conocimiento su primera hazaña en Augusta.

—¿No tuvo antes noticias de mi, Crane?

—Digamos que oficiosamente sabía algo, pero, ya me entiende, uno no admite ciertas cosas hasta que las tiene al alcance de la vista… o de la mano.

Fredd observó los dedos gesticuladores de su interlocutor. Eran largos y finos, más propios de un escultor o de un pianista que de un ganadero del sudeste de Kansas.

—¿A qué se refería cuando ha hablado de entendimiento entre nosotros? —le interrogó.

Crane sonrió enseñando unos dientes manchados de nicotina.

—Usted quiere ganar dinero, Goulding, y descubrió que esta comarca se lo podía proporcionar en grande. No tengo que oponer nada a eso. Todos deseamos el triunfo sin preocuparnos mucho la forma en que lo obtengamos. Pero yo creo que cada cual debe conocer el terreno que pisa, ya que puede darse el caso, a veces, de existir interferencias. ¿Me ha comprendido?

—¿No ha presentado nunca su candidatura para el Senado, Crane?

El aludido hizo una mueca.

—No, ¿por qué lo dice?

—Porque se pinta sólo para hablar y hablar sin ir al grano. A mi eso me aburre.

El ganadero enrojeció.

—¿Está usted loco, Goulding?

—Frecuentemente me hacen esa misma pregunta. No sé por qué. Me parece que hasta el presente conservo bastante bien la cabeza

sobre los hombros.

—No será por mucho tiempo si en usted es costumbre la insolencia.

—Bueno, eso está por verse.

—He venido hasta usted en son de paz. Ha perjudicado mis intereses y, sin embargo, le ofrezco una plaza entre mis hombres.

—¿Entre cuáles? ¿Los de la montaña o los del rancho?

Crane apretó los labios y murmuró luego:

—Quiere pelea, ¿eh? Le advierto que yo no soy Merrill ni cualquiera de los pobres idiotas con que se las ha ventilado hasta ahora.

—Estoy al corriente de su fama, Crane. Según cuentan, donde pone el ojo coloca la bala…

—Ahí verá lo desinteresado de mi oferta. Estoy dispuesto ayudarle. A mi lado hará carrera, como otros la han hecho con menos valor que usted.

—Por ejemplo, Jack Lorent…

Crane sonrió de nuevo.

—Se la jugó bien, Goulding. El se puso hecho una furia y pretendió salir en su persecución. Quería desquitarse. Pero a mí me hizo gracia su faena y se lo impedí.

—Magnífico. Entonces le debo a usted el éxito de mi empresa…

—Mi propuesta es que se pase a mis filas. Con una condición, claro. Que entregue el veinte por ciento de la venta que hizo a Ready.

—¿Y a quién debería abonar ese veinte por ciento?

—A mí, naturalmente.

—¿No hay *sheriff* en Augusta, Crane?

—Sí. Pero me debe el cargo a mí. Cuando sus actos no me gustan, pongo otro.

—Se lo tiene bien organizado, ¿eh? Ni un solo fallo, al parecer.

—Eso es. Lo que usted ha hecho ha sido una excepción y justifica el que esté hablando en los términos que lo hago.

Fredd chasqueó la lengua y repuso:

—Supongamos que no acepto esa oferta, Crane. ¿Qué ocurriría?

Los ojos del ganadero chispearon.

—Usted es inteligente y aceptará.

—¿Qué ocurriría? —repitió el joven con voz firme.

Entre ambos se hizo otro silencio.

—Que Fredd Goulding tendría su tumba en Augusta.

Fredd esbozó una sonrisa.

—Parece que no concede usted muchas alternativas, Crane.

—Quiero que empiece a trabajar para mí mañana, pero no ha de olvidarse de traerme el dinero. Venga a mi rancho.

—No iré.

El rostro de Crane se endureció.

—Repítalo —dijo.

—Se lo diré de otra forma. Prefiero quedarme donde estoy. Y yo también le voy a hacer una advertencia. No me gustan nada sus procedimientos. Es usted un tipo indeseable, Crane. He conocido muchos hombres de alma negra, pero ninguno que poseyera su cinismo.

El ganadero apretó los dientes y retrocedió un paso.

—¡Lo mataré, Goulding! —rugió.

—¿Ahora?

—No, ahora no. Yo soy el principal invitado de esta fiesta y no quiero echarla a perder.

—Cuando quiera, compañero.

—Mañana a las doce estaré en el extremo sur de la calle Principal…

—Y yo en el extremo norte, si le parece bien.

La faz de Grane se iluminó.

—¿Escondido en un barril, Goulding?

—A las doce en punto echaré a andar hacia usted.

Ahora el ganadero soltó una carcajada, giró sobre sus talones y se alejó.

Fredd se acercó a la mesa de las vituallas y sirvióse un vaso de *whisky*. Mientras bebía, buscó con la mirada a Debbie, pero no la halló. Recorrió el salón y, como tampoco viese a Gregory, dedujo que se habían marchado.

Minutos más tarde regresaba al rancho.

# CAPÍTULO XIII

Debbie no había llegado aún al Trébol. Fredd se quedó perplejo al oír tal noticia de labios de la criada que le abrió la puerta.

Pasó al despacho y encendió la lámpara, dispuesto a no acostarse hasta que volviera la muchacha. Cogió un libro de la biblioteca, se arrellanó en un sillón y empezó a leer.

Habían transcurrido quince minutos cuando, de pronto, algo duro chocó contra los cristales de la ventana, rompiéndolos.

Se puso en pie de un salto. Sobre la alfombra había un envoltorio. Lo cogió. Un mensaje rodeaba la piedra.

Ávidamente, sus ojos recorrieron las apretadas líneas.

> «Tengo en mi poder a Debbie Roope. Si antes del amanecer no está aquí, Fredd Goulding, ella morirá. Venga solo, Jack Lorent».

Fredd arrojó la carta al suelo y corrió fuera de la casa, montando de un salto en el potro. Invirtió dos horas en llegar a la roca negra del Paso del Buitre.

—¡Eh!… —gritó—. ¿Hay alguien arriba?

—¿Es usted, Goulding? —le contestó una voz.

—¡El mismo…! ¡Y vengo sin nadie…!

Al cabo de dos minutos aparecieron dos jinetes, revólver en mano. Uno de ellos desarmó a Fredd y dijo:

—Ponga su caballo entre los dos.

Ascendieron a la montaña por un estrecho sendero.

El terreno era cada vez más abrupto.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, el que había hablado

antes anunció el término del viaje.

Hicieron bajar de la silla al prisionero y lo llevaron a una cabaña que se levantaba sobre una pequeña meseta resguardada por oscuras rocas.

Debbie Roope y Gregory Morrow se hallaban sentados en sendas sillas. Varios hombres de mala catadura, que jugaban una partida de naipes alrededor de una mesa, la interrumpieron para mirar al que llegaba. Uno de ellos, moreno, de tez cobriza y nariz afilada, se levantó poniendo los brazos en jarras.

—¿Conque se ha decidido a venir? —preguntó.

Debbie también se incorporó, chillando:

—¡Es usted un estúpido, Fredd!

—¡Siéntese! —le ordenó perentoriamente Jack Lorent.

La muchacha obedeció, y el bandido observó nuevamente a Goulding.

—Tenía deseos de conocerle. Se ha hecho usted famoso en pocos días.

—Pues aquí me tiene. Supongo que cumplirá lo que decía en el mensaje.

Lorent asintió con la cabeza, diciendo después:

—¡Mortimer, Cleveland, llevaos a la pareja de palomos…!

—El señor Morrow no entraba en el trato —apuntó Fredd.

—No —convino Jack—. Pero es un pez demasiado gordo para mis redes. Yo no me dedico a raptar, Goulding.

Debbie se acercó al joven y fue a decirle algo, pero Gregory la cogió de un brazo y se la llevó hacia la puerta. Dos forajidos salieron detrás de ellos.

—Pensé que no volvería de Wichita —murmuró Jack—. Pero alguien me aseguró que me equivocaba…

—Su jefe, Baynard Crane.

—Es usted un romántico, ¿eh? Apuesto a que se ha enamorado de la chica. Los hombres somos así. Tarde o temprano nos falla el corazón y nos derretimos como la manteca…

—¿Por qué no abrevia, Jack?

—¿Tiene prisa por morir?

—Es preferible acabar cuanto antes.

—Pues no le voy a dar satisfacción en eso. Tengo preparado un espectáculo, y hasta que sea de día no se puede celebrar. ¿Ha

cazado alguna vez, Goulding?

—Sí.

—A mí me gusta mucho la caza. Cuando nos establecimos en estas montañas había muchos animales salvajes y me divertía. Pero poco a poco fueron desapareciendo, y hoy apenas se ve alguno de tarde en tarde. Ahora me aburro como un condenado.

Jack hizo una pausa para beber un trago del vaso de *whisky* que había sobre la mesa. Luego se secó los labios con el puño de la camisa y prosiguió, brillándole maliciosamente las pupilas:

—Por eso he pensado en usted. Para que me alegre un poco la existencia. ¿Sabe lo que he pensado? —Guardó silencio un instante y lanzó una carcajada—. Lo voy a cazar, Goulding…

Los forajidos que rodeaban la mesa corearon las risotadas de su jefe.

Fredd se mantenía inmóvil, sin parpadear siquiera.

—¿Qué le parece? —dijo Lorent—. He oído contar que algunas veces, en los estados del Sur, hace unas docenas de años, cuando un esclavo negro se rebelaba contra su dueño lo soltaban y le daban caza persiguiéndole con perros… Siempre he tenido deseos de hacer una cosa así, pero nunca se me había presentado la oportunidad. Usted hará el papel de esclavo, pero sólo yo podré cazarlo. Mis hombres se limitarán a contemplar cómo lo hago…

Las venillas de las sienes de Fredd se hincharon, adquiriendo un color azulado.

—¿Se ha quedado sin habla? —preguntó Jack sin dejar de reír.

El interrogado respiró profundamente y se lanzó sobre aquél, consiguiendo conectarle un puñetazo en el mentón.

Lorent cayó hacia atrás, haciendo retumbar las paredes.

Los hocicos de tres pistolas apuntaron al agresor.

—¡Quietos! —exclamó Jack desde el suelo—. ¡Es una treta suya para que lo matemos!

Se levantó, acariciándose la barbilla, y prosiguió:

—Esto hará que le haga sufrir más, Goulding, mucho más. Le concederé diez yardas de ventaja y, a la señal de uno de mis subordinados, usted echará a correr… ¡Trate de escaparse si puede!… ¡Será como un conejo pretendiendo esconder se entre las rocas! Ya falta poco para el amanecer. Sólo tendremos que esperar una hora… ¡Siéntese mientras tanto!

Fredd se sentó, y los minutos continuaron corriendo.

Por fin, el propio Jack abrió la puerta, contemplando el exterior.

—¡Llegó el momento! —exclamó, volviéndose.

Salieron todos de la cabaña. Uno de los hombres se acercó a otro que estaba situado más arriba y, al cabo de un rato, acudieron media docena de nuevos espectadores.

Jack comprobó que sus «Colt» funcionaban a la perfección y los volvió a enfundar.

—¡Póngase en lo alto de aquel montículo, Goulding! —señaló una prominencia del terreno.

Fredd obedeció.

—¡Cuenta hasta tres, Douglas! Ya sabe lo que tiene que hacer, Goulding. En cuanto Douglas empiece con el uno, eche a correr. Yo esperaré al tres.

Fredd dirigió una mirada a su espalda.

El camino estaba cortado a pico, pero por la derecha había una pronunciada ladera que conducía a un montón de rocas.

—¡Uno! —empezó a contar el llamado Douglas.

Fredd se agachó y dejóse caer por la ladera. Dio varias vueltas, produciéndose erosiones en manos y cara y se puso en pie cuando oía el tres fatídico. Corrió con toda la velocidad que pudo sacar de sus piernas y arrojóse al aire, cayendo detrás de la primera roca cuando Jack hacía el primer disparo.

La bala picoteó en la piedra.

—¡Estupendo! —gritó Jack, entusiasmado por el juego—. ¡Lo ha hecho muy bien, Goulding!… ¡Pero allá voy por usted!

Fredd se movió rápidamente, arrastrándose por el suelo.

Cuando Jack llegó, encontró el lugar vacío y rió una vez más.

—¿Cree que va a poder escapar? —subió a la roca y oteó las proximidades. Vio moverse algo entre las piedras y disparó en aquella dirección. Al oír un quejido, exclamó triunfalmente—: ¡Lo cacé…!

Miró hacia arriba. Sus hombres se hallaban en el borde de la meseta. Hizo una mueca de satisfacción y dirigióse hacia el lugar donde había salido el lamento.

No. Allí tampoco estaba Goulding. Se puso en cuclillas para ver si había sangre en la tierra y, de pronto, una mano le atenazó el cuello por detrás. Quiso gritar, pero de su garganta brotó sólo un

gemido. Falt el aire a sus pulmones y abrió la boca para tragarlo. Dejó caer el revólver y subió las manos para intentar librarse de aquellas garras que lo atenazaban. ¡Pero no podía!… ¿Por qué no bajaba uno de sus hombres? ¡Tenía que llamarlos! Los ojos se le desencajaron.

La tez cobriza de su rostro adquirió un matiz violeta. ¡Se estaba ahogando!… Nubes de color gris se presentaron súbitamente ante su retina… y luego empezó a morirse, lenta, muy lentamente.

Fredd dejó en el suelo el cuerpo de Jack y cogió sus dos revólveres.

Asomó un poco la cabeza por un lado de la roca.

Los sicarios del muerto estaban en lo alto, esperando ver a su jefe.

Inspiró, hinchando el pecho, y se levantó de repente, disparando los dos cañones una y otra vez…

Uno…, dos…, tres…, cuatro… Los forajidos fueron cayendo como muñecos de un tiro de feria. Los últimos de la fila se arrojaron al suelo antes de que la guadaña segase sus vidas.

Fredd dio un silbido y poco después apareció su caballo.

Hizo varios disparos, saltó a la silla y se marchó.

Había matado a siete hombres, incluido Lorent. No le importaba que los otros viviesen. Era mucho más importante acabar, si podía, con Baynard Crane. Mientras éste viviese, en aquellas montañas seguiría habiendo delincuentes, aun cuando no fuese Jack Lorent quien los mandase.

Se presentó inopinadamente ante los centinelas de la roca negra y los desarmó, obligándolos a salir de la comarca por el paso, después de anunciarles la muerte de Lorent. Ellos lo creyeron, ya que la sola presencia de Goulding así lo hacía suponer.

# Capítulo XIV

Baynard Crane dio una chupada a la colilla del cigarrillo que tenía entre los dedos y la tiró al suelo, aplastándola con la bota.

Consultó su reloj. Eran las doce menos un minuto. Al otro extremo de la calle no había nadie.

Muchos hombres se hallaban detenidos en las aceras. Preveían que algo insólito iba a ocurrir. Crane, el mejor tirador de la región, estaba allí, y su actitud demostraba bien a las claras que esperaba a alguien.

Las doce. Crane maldijo para sus adentros. Fredd Goulding sentía miedo al fin. Era de suponer que así ocurriese. Se habría dado cuenta de que sus probabilidades de seguir viviendo eran nulas. Bien, de todas formas aquel obstáculo ya no existía. Hubiese querido suprimirlo él mismo, pero el destino le había jugado una mala pasada. Goulding era un charlatán. Todo el aire que se le había ido por la boca. La suerte le acompañó en su encuentro con Merrill y con los otros que mató. Eso era lo que debía haber ocurrido. Y ahora, al saber que se enfrentaba con un verdadero *gun-man*, había puesto tierra de por medio.

Las doce y tres minutos. Aquel extremo de la calle continuaba desierto.

De acuerdo. Volvería a su rancho.

Echó a andar hacia su caballo y, de repente, a sus oídos llegó un galope.

Levantó la mirada y quedó estupefacto.

Fredd Goulding estaba allí, al final de la calzada. Desde la silla, levantó el brazo saludándole, y después saltó a tierra y despidió al potro, palmeándole el anca.

Los ciudadanos de las aceras, que sumaban medio centenar, empezaron a buscar refugio desde el que pudieran contemplar sin riesgos el soberbio duelo que se avecinaba. El nombre de Goulding había corrido muy aprisa por la ciudad durante los últimos días. ¡Crane frente a aquel advenedizo!… La votación sobre el resultado del desafío era unánime. El ganadero fulminaría a su rival en una décima de segundo.

Ya estaban mirándose, quietos, sin mover un músculo, con los brazos colgando a lo largo de los costados.

La atmósfera parecía electrizada. Un pesado silencio cayó sobre la ciudad.

Transcurrieron sesenta segundos.

El aullido lejano de un perro cruzó el aire, haciendo estremecer a los escondidos espectadores.

Las aceras estaban vacías.

En la calle había dos hombres.

Como si se hubieran puesto tácitamente de acuerdo, echaron a andar muy despacio.

La distancia que los separaba fue acortándose poco a poco.

Un caballo pateó nervioso.

El cielo era una gigantesca bóveda azul, y el sol brillaba en todo su esplendor.

Los vecinos de Augusta contenían la respiración.

Había una solemnidad salvaje en aquel encuentro.

Treinta yardas…, veintinueve…, veintiocho…

¡Y seguían andando uno hacia otro!

Se miraban fijamente y se diría que sus rostros estaban esculpidos en granito.

Veintidós, veintiuna, veinte yardas…

De súbito, los dos tiraron del revólver.

Se oyó un solo estampido.

Todos los espectadores miraron a Fredd Goulding. Ahora se derrumbaría. El proyectil debía estar clavado en su corazón. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no caía? ¿Por qué no disparaba otra vez Crane?

Baynard continuaba de pie, mirando a su rival. Había una mueca en su rostro. ¡Santo cielo!…, ¿qué era aquello?

¡Entre las dos cejas de Baynard había un agujero! ¡No podía ser…! ¡Era imposible…!

Y, sin embargo, Crane se desplomó al fin pesadamente en el suelo, quedando boca abajo. Aún manteniéndose en pie por pura inercia, había muerto instantáneamente al recibir el proyectil salido del revólver de Goulding.

Éste se pasó la lengua por los labios y se dirigió hacia donde se hallaba su caballo.

La gente salió de las casas, acercándose al muerto.

Un runruneo inundó la calle.

Las cabezas se volvieron para mirar al vencedor del duelo. Fredd montó en la silla, observó durante unos segundos a los que estaban pendientes de él y dijo:

—¡Buena suerte, compañeros!

## CAPÍTULO XV

El juez Harris se subió las gafas que se le habían caído, resbalando por su nariz, y preguntó a su visitante:

—¿Y dice que los casé a ustedes?

—Sí; hace una semana.

—No lo recuerdo. Claro que entonces yo no tenía estas gafas. Ahora no se me escapa detalle. ¿Cómo se llama usted?

—Fredd Goulding.

—¿Fredd…? ¡Ahora caigo!… ¡Fue aquella boda de los fuegos artificiales!

El juez se levantó, asustado.

—¿No le habrán seguido, señor Goulding?

—Descuide, se acabaron los balazos…

—¿Y qué es lo que desea?

—Que me separe de mi mujer.

Harris lo miró, ceñudo.

—¿Tan pronto, muchacho? ¡Pero si no ha tenido tiempo de pasar la luna de miel!

—Ni siquiera la he empezado…

El juez se rascó el cogote y, al cabo de un rato, dijo meneando la cabeza:

—Estos matrimonios de hoy… Pues la chica está bastante bien, amigo…

—¿No quedamos en que usted no ve, juez?

—Bueno, aquí en confianza, hay algunas cosas que han de verse a la fuerza…

Fredd emitió un chasquido, sonriendo.

—¿Qué me dice de la separación?

Harris carraspeó y repuso:

—Eso es difícil, señor Goulding.

—¿Por qué? He oído decir que los trámites son sencillos.

Conocí a un tipo, Joe Pianola, que se casaba los días trece de cada mes.

—Hay jueces de muchas clases. Yo pertenezco a los inflexibles en esta materia del divorcio. En su caso, falta la prueba de la identidad del otro ente básico.

—¿Qué es eso? Hábleme en cristiano.

—Quiero decir que necesita traer a su mujer con usted. ¿Quién me dice que ella no ha muerto? ¿Lo comprende? Si usted es viudo no requiere sentencia de separación.

—¡Al diablo, juez!… Mi mujer vive. Se va a casar con otro.

—¿Es posible? Pero oiga, usted…

—No haga suposiciones malévolas —le atajó Fredd—. Quiero el divorcio, y usted me lo va a conceder de grado o por fuerza…

La puerta se abrió entonces de golpe, irrumpiendo en la habitación Debbie Roope.

Goulding la contempló, estupefacto.

—¡Debbie!… ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —preguntó la joven, desafiante.

—He venido a solicitar la separación —contestó Fredd.

—Bueno —asintió Harris con un suspiro—. Puesto que las dos partes interesadas están aquí, ahora no tengo inconveniente en concedérselo.

—¿Qué está diciendo? —chilló Debbie—. ¡Yo no quiero divorciarme!

—¿Eh? —exclamó Fredd.

La muchacha le miró sonriente.

—¿Y Gregory? —inquirió él.

—Lo mandé a paseo.

—¡Debbie!

—Todo ha quedado arreglado, Fredd. Clark se ha marchado, pero antes me confesó que había aceptado una oferta de Baynard Crane para comprar el rancho. El hombre que escuchó mi conversación con Horace contó a Crane lo que me proponía hacer y entonces envió una cuadrilla de pistoleros para que mataran al que consintiese en casarse conmigo. De esa forma, Clark continuaba administrando la propiedad y podría vendérsela.

La joven hizo una pausa y después dijo:

—Fredd, eres maravilloso… Tu sólo lo has arreglado todo. Ahora me casaré de blanco y en la iglesia. Como debe ser. Bésame.

El la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca. De pronto se oyeron varios disparos.

El juez se echó a tierra, gritando:

—¡Ya están ahí otra vez!…

Fred y Debbie se separaron.

Ronald Kendall apareció en la puerta, soplando el cañón del revólver. Guiñó un ojo y dijo:

—¿Necesitáis un padrino?

Debbie y Fredd rieron y volvieron a juntar sus bocas.

FIN

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.